cuentos del mar



del

mar

Victor H.

PRESENTACION

Como un estimulo a la juventud y un llamado al pueblo ecuatoriano para tomar conciencia de la importancia del mar, (fundamento de nuestra nacionalidad y base de nuestro futuro), la Armada Nacional, año tras año, ha lanzado diversos concursos de aspecto cultural y artístico, para que sea la misma voz de nuestro pueblo la que nos dé la versión de su inquietud sobre la gran aventura del mar.
mar.

Se han realizado concursos sobre pintura, modelismo naval, carteles o afiches, canciones y marchas marineras.
El presente año propiciamos el concurso sobre "EL CUENTO DEL MAR".

De las numerosas obras presentadas, hemos seleccionado 7, las mismas que recopiladas en un folleto, presentamos y ofrecemos gustosos al público en general y especialmente a la juventud de nuestros colegios y centros culturales, con el único afán de contribuir a la causa común de incentivar la conciencia ciudadana hacia la conquista de nuestro mar...

OBRAS SELECCIONADAS :

RELACIONES PUBLICAS
COMANDANCIA GENERAL DE MARINA
QUITO.— APARTADO 2095 - TELF. : 515920

Impreso en los Talleres Gráf. de LA ARMADA

VEREDICTO DEL CONCURSO "CUENTO DEL MAR"

PROMOVIDO POR LA ARMADA NACIONAL

En Quito, a 21 de julio de 1975, reunidos los jurados señores don Adalberto Ortiz, don Hernán Rodríguez Castelo y don Teodoro Vanegas, acordaron por unanimidad :

PRIMERO.— Declarar desierto el primer premio, por estimar que ninguno de los trabajos presentados tenía las calidades que cabe exigir al cuento en el momento actual de la literatura latinoamericana.

SEGUNDO.— Adjudicar los dos premios restantes, en su orden, así :

Segundo Premio al trabajo "JUSTO Y EL MAR", con seudónimo "Canalete";

Tercer Premio al cuento "LAS AVENTURAS DE JACINTO PEZ", con seudónimo "AS".

El trabajo "JUSTO Y EL MAR" se distingue por su técnica moderna y buena construcción.

"LAS AVENTURAS DE JACINTO PEZ" tiene gracia e interés.

TERCERO.— Atendiendo a sus calidades, el jurado acordó crear dos menciones, para los cuentos siguientes :

Primera mención : "EL MAR UN CARACOL EN EL CORAZON DE UN NIÑO" con seudónimo "Huayanay";

Segunda mención : "LA IMPACIENCIA ME ESTA MATANDO" con seudónimo "Estrellita de Mar".

"EL MAR. UN CARACOL EN EL CORAZON DE UN NIÑO" es un cuento didascálico realizado con oficio.

"LA IMPACIENCIA ME ESTA MATANDO" está escrito con sensibilidad y ternura y tiene aciertos sicológicos.

CUARTO.— Los jurados felicitan a la Armada Nacinal por la feliz iniciativa de este concurso.

f.) **ADALBERTO ORTIZ,** f.) **TEODORO VANEGAS,** f.) **HERNAN RODRIGUEZ C.**

JUSTO Y EL MAR

Por : **Jorge Marcelo Salazar Garzón**

— Pero, comadre, quién lo dijera, don Dídimo en la cárcel....!
— Y su acusador, Justo, su propio hijo!
— No entiendo nada. Si todos sabíamos que a Agustín lo quería como si fuera su propia sangre.
— Pero, por qué iba a mentir Justo, comadre? Y contra su padre?

No, no es mi hijo, y qué? Era tan pequeño, tan frágil, cuando me arrejunté con su madre. Ni la presencia de Justo, meses más tarde, hizo que disminuyera mi cariño hacia él. Pobre, ¿qué culpa tenía ser fruto de un amorío pasado y olvidado? Y al fin y al cabo, yo no era el primer hombre que amaba a un hijo que no era suyo.

— ¿Y quién es este Dídimo Quijije, secretario? Léame los datos, por favor.
— Edad : 38 años. Lugar de nacimiento, Pedernales; estado civil, soltero...
— Soltero, me dice. Pero, ¿no es su hijo el que...?
— Bueno, su hijo, no. Hijo de su mujer, señor Comisario. Digo, de la de Dídimo y quién sabe quién.
— ¿Y el otro?
— Ese sí es hijo de los dos.
— ¿Y ése es precisamente...?
— Sí, señor.
— ¡Vaya hijo!
— Vaya usted a saber qué razones tendrá el muchacho, comadre, para haber hecho lo que hizo.
— Quizás alguna secreta venganza contra su padre. Usted sabe. Tal vez nunca le perdonó haber tenido que compartir su cariño.

En realidad que mi padre lo quiere mucho, que confía más en él. Bueno, lo quiere igual que a mí que soy su propio hijo y si en la pesca lo tiene a su lado es porque es más fuerte y porque tiene mayor experiencia. Si algo malo hace Agustín, lo cas-

tiga con la misma dureza que lo hace conmigo cuando le fallo. Y si merece un premio, nunca es mejor que la recompensa que yo recibo. Ahora, que mi abuela no lo quiera, eso es otra cosa; y para lo que nos importa lo que piense o diga la abuela... Agustín es mi hermano, Agustín es mi compañero de trabajo, Agustín es mi amigo, eso, sobre todo, mi amigo.

"La jornada de trabajo se iniciaba para Dídimo, Agustín y Justo mucho antes de que el sol derramara sus primeros rayos de luz y de calor. Cargados de pesadas redes que amorosamente habían sido remendadas la tarde anterior —como todas las tardes— por la mujer de Dídimo, y llevando al cinto afilados machetes, instrumento y arma del pescador, llegaron al lugar en donde pacientemente les esperaba el ágil y pequeño bongo que los trasladaría a lejanos sitios en donde nuestro mar concentra toda la riqueza de su fama, poniéndola al alcance de quien con músculos, con valor y por necesidad, la extrae para ofrecerla a sus propios hermanos.

Sin cruzar palabra, porque los valientes no hablan cuando van en pos del peligro, alumbrados por la débil luz de un primitivo farol, se hicieron a la mar. Seguros y vigorosos golpes de canalete pronto los alejaron de la playa y también de decenas de otras pequeñas embarcaciones que a la misma hora iniciaban su recorrido de siempre. Es que Dídimo no era un pescador cualquiera : era el mejor de los pescadores. Su profesión le había llegado cargada ya de la experiencia de su padre, de sus abuelos, de los abuelos de estos. Conocía todos los secretos del mar; su vista y su olfato le permitían localizar a la distancia los más ricos bancos de peces; su fortaleza física y su arrojo podían llevarlo hasta donde los ojos jamás llegaban, y si a esto se agrega la invalorable ayuda de Agustín y Justo, mecidos como él desde la tierna infancia por las olas, fácil resulta establecer por qué todos reconocían su superioridad".

Quise darle mi apellido, pero mi madre "que mucho haces con haber dado un hogar decente a la sinvergüenza de la madre que con lo único que te ha ayudado es con hijo de otro que no sabe ni quién será. ¿Nos has traído a Esmeraldas para regalarnos familia ajena? ¿Quieres que tus hermanos menores, siguiendo tu ejemplo, anden apañando a ociosas cargadas de hijos?" Y mis amigos con sus comentarios en voz baja, sus burlas, sus indirectas..

No pude darle mi apellido, pero le di mi profesión, como a mí me la dieron mis mayores, con el mismo amor. Nunca le faltó comida, siempre tuvo techo bajo el cual protegerse, ropa aun-

que humilde cubrió su cuerpo, y de vez en cuando sus bolsillos se regodearon con el peso de unas cuantas monedas que ni siquiera supo en qué gastarlas.

Y él, con más cariño pagó este cariño. Con respeto, con trabajo. Y no es que tuviera que hacer méritos ante mí...

"A las siete de la mañana se encontraban tan distantes que no se apreciaba el más mínimo vestigio de vida terrestre; del cielo habían desaparecido las bandadas de aves, naturales e insaciables competidoras de los pescadores, y de las aguas el enjambre de bongos cuyos tripulantes, más cautos y menos conocedores, habían preferido no separarse tanto de la playa. La soledad era, pues, casi absoluta.

Era llegado el momento de comenzar la faena, de lanzar las redes que como siempre comenzarían a llenar sus vacíos vientres con ejemplares de las más apetecidas especies : bonitos, pargos, chernas, picudos, sierras, corvinas. Seis fornidos brazos: dos adultos y cuatro infantiles, en una operación admirablemente sincronizada, se extendieron hacia el infinito, dejando caer sobre las tranquilas aguas las cada día rejuvenecidas redes. Y ahora sí, a confiar en la generosidad del mar, que no tardaría en brindarles abundante pesca. Entonces la espera, que les haría recuperar las energías desgastadas en la larga travesía y que, duplicadas, iban a necesitarlas para el viaje de retorno.

Media hora, dos horas, quizá más. Ni los peces ni los pescadores son esclavos del reloj. En la soledad, en el silencio, en la íntima y absoluta comunión con la naturaleza, el tiempo no cuenta. Es que la espera en el mar no desespera porque la mente, despejada como el más límpido cielo, se entretiene reviviendo, con fidelidad asombrosa, nuestras vidas, nuestras alegrías y pesares, sin dar cabida al desasosiego o al hastío".

— Pobre la vecina Paula, comadre. Fíjese que perder a un hijo y quedarse sin marido...
— Y don Dídimo, qué me dice. El hombre está medio loco.
— Y ni se diga de Justo. ¡Pobre muchacho!
— Es que, comadre, al fin y al cabo Agustín y él eran hermanos, y cómo se querían.
— En verdad, si más que hermanos parecían amigos.
— ¡Y todo por un maldito pez! Por más grande que hubiera sido, comadre!
— Bueno, usted sabe como son los pescadores. Además, quién sabe qué momento de rabia y de escondidos resentimientos tuvo don Dídimo.

Tuve rabia, sí. Ese día habíamos estado unas dos o tres horas esperando a que las redes se llenaran; pero no se notaba ni el más leve movimiento. Parecía que los peces estaban absortos en sus propios pensamientos o inmóviles por la cercanía de la muerte. Y las redes seguían vacías. Esperamos. Volvimos a echarlas, a cambiar de sitio. Nada.

Volver a tierra con el potro vacío, jamás! Mi orgullo, mi fama, la pericia de Agustín y Justo, ¿dónde quedarían? No importaba que el sol comenzara a desaparecer ni que hubiese presagio de tormenta; lo importante era regresar con carga.

Probamos de nuevo, y esta vez, ¡Dios de los cielos, un sacudón nunca antes sentido! ¡Un agitarse de las aguas y de los corazones! El más bello y gigantesco ejemplar que jamás mis ojos contemplaron, nos entablaba combate para no permitirnos que le arrancáramos de sus dominios!

"La inteligencia del hombre, su habiildad, enfrentándose a la fuerza, al instinto, a la libertad innata del habitante del océano. Desgraciadamente el pez es rey en el agua y el hombre rey en la tierra, en el aire y en el mar. La batalla estaba por decidirse. Las volteretas, las acometidas, las controladas fugas de la bestia iban atenuándose cada vez más y más. Sería cuestión de minutos el engalanar el fondo del potro con el más increíble y valioso trofeo.

Pero a una madre no se le arranca el fruto de sus entrañas sin que ésta presente lucha. Encrespadas olas, juguetonas amigas de los pescadores pero encarnizadas aliadas de los peces entraton en la batalla. Y la más audaz castigó con furia el vientre de las canoa y escupió con odio su salina espuma a los rostros lívidos de los osados hombres.

Y vaya que el ataque dio resultado! ¡Agustín, entregado a la lucha, no soportó el embate y para no unirse a la víctima en su postrer instante, aflojó la cuerda tinta con la sangre de sus encallecidas manos. La bestia que prácticamente estaba vencida, sintió renacer sus fuerzas y sus esperanzas. Violenta arrancada y nuevamente libre, libre para seguir reinando en las profundidades"!

Tuve rabia, sí. Y le hundí el canalete con toda la fuerza. Por culpa de él se escapó aquel bello pez que hubiera sido mi

orgullo y la envidia de los otros. Por culpa de él, que ni siquiera era mi hijo!

¡Mi papá ha mentido en la Capitanía del Puerto! ¡Mi hermano no se cayó al agua, señor comisario! Ni siquiera las más embravecidas olas jamás pudieron con él. Si las olas jugaban con nosotros y nosotros con ellas; si las olas nos acompañaban hasta en nuestros sueños... El no se cayó, él no se cayó : mi papá le dio un palazo y lo arrojó al mar. Si hasta se arrepintió después, pero cuando quisimos salvarlo ya no pudimos: Agustín se alejaba más y más. Mi papá, sí, mi papá, señor comisario... era de verle... cómo le brillaban de odio los ojos cuando se nos escapó la fiera. Pero no era culpa de mi hermano, fue culpa de todos nosotros. Yo sé que me va a matar, pero prefiero unirme a Agustn en el cielo que seguir ocultando un crimen. No, no podía, no puedo ocultar algo que me quema las entrañas. Los hombres de mar no sabemos mentir, no podemos mentir. Quienes nos vemos todos los días en peligro, quienes miramos a la muerte cara a cara muchas veces, no podemos ocultar la verdad ni cubrir crímenes de otros, así sean nuestros propios padres. Si no le hubiere contado esto, señor comisario con qué cara iría a pescar mañana! El mar nos enseña a ser honrados. El mar purifica nuestras almas. Mi hermano era bueno en el mar. Mi hermano era mi compañero en el mar. Mi hermano era amigo en el mar...

"No tenía más de doce años, pero su apariencia era la de un mozuelo de quince o dieciseis. De su rostro hacía mucho tiempo había desaparecido la sonrisa. Desde su nombre —Justo— parecía influir en su personalidad y en la imagen que todos los que lo conocían de él se formaban".

Luego de un vistoso tour por las profundidades del mar, admirando los compactos grupos de esponjas, las miríadas de madreperlas, escapando del apretado abrazo de los tentáculos de un pulpo, Jacinto emergió a la superficie de un Océano siempre Pacífico. Clavó sus pequeños ojillos, redondos, enormemente abiertos, fijos y sin párpados, en el lejano horizonte de la playa. Allá, en la distancia, se dibujaba el perfil de Salinas, la ciudad de la que tanto había oído hablar.

Jacinto, junto con quinientos hermanitos Molly, despertó a la vida en la bahía de Punta Carnero. Desde su infancia el tema central en los cotorreos nocturnos, a la luz difusa del Gran Hotel, había sido el adelanto alcanzado por el balneario de Salinas.

Su abuela aseguraba —En mi tiempo, Salinas, era muchísimo mejor, más tranquila, con sólo unas poquísimas casitas de madera y cabañas de caña frente a la playa.

El abuelo interrumpía —Pero mujer, no te olvides que había numerosos botes de pescadores de los que teníamos que huir.

— Botes existirían, pero en cambio, no nos asustábamos como hoy, con esos pájaros mecánicos que cada día se elevan estremeciendo el aire— terminó la abuela.

Salinas, habíase transformado, en una ciudad sofisticada, según sus antepasados, pero, a Jacinto, lejos de asustarle, se le despertó un vehemente deseo de conocerla.

Hoy, estaba allí, a pocos kilómetros de la playa, cerca de conseguir su objetivo.

Respiró con deleite y llenó su vejiga natatoria con aire vivificante y salino. Moviendo sus diminutas aletas sumergió su pequeño cuerpo, ligeramente alargado en sus ocho centímetros,

en las tibias olas, sus escamas verde-oliva, azul-celeste y rojo-naranja platearon al cálido sol de Abril.

De pronto, percibió ante sí, una figura extraña, alargada en ambos extremos. Se detuvo —Debe ser un primo mío, robusto y desconocido— pensó. —Pero, ¿y esos seres raros con extremidades alargadas que daban paladas en el agua?

¿Serían acaso los humanos de quienes le habían aconsejado huir?
Jacinto no tuvo tiempo de escabullirse. Se vio atrapado junto con unas corvinas que yacían aleteando apenas, mientras las manchas plateadas de sus vientres parecían dirigirle burlones guiños Empezó a sentir una sed avasalladora. Mas, se sintió alzado suavemente por las tersas manos de un retoño humano que lo depositaron en una bolsa plástica con agua.

Cuando llegaron a Salinas, la playa estaba alfombrada de personas, los rascacielos admirados de cerca eran soberbios, oyó que al más imponente de ellos, le llamaban por un nombre que hizo estremecer su corazón : el tiburón.

El chiquillo —su dueño— recorría la ribera, anunciando con voz cascabelera su botín. Una señora, joven y bonita, se prendó de Jacinto y se lo llevó a un lujoso departamento en la Torre Blanca. Su morada era una gran caja de cristal de cuyo fondo arenoso brotaban exóticos vegetales. El cofre parecía no tener fin, pero, después de unas pocas brazadas, sus barbillas le advirtieron que no podía continuar más hallá. Intentó evadirse por los cuatro puntos cardinales, más sus esfuerzos resultaron vanos. Presto se cansó y decidió aceptar, filosóficamente su encierro.

Para esconderse a meditar o simplemente reposar, poseía un pequeño castillo de porcelana. Todos los días y a la misma hora, sus dientecillos podían triturar los moluscos e infusorios que desease; su comida artificial venía preparada y lista para ser ingerida, en envases de cartón prensado y lo único que la dama tenía que hacer era derramar el contenido al alcance de Jacinto. Además, gozaba de un sol propio las veinte y cuatro horas del día; una gran lámpara fluorescente calentaba su existencia.

Jacinto estaba determinado a no aburrirse. Su personalidad versátil se adaptó al extraño ambiente. Era una nueva vida de la que él aprendería muchas cosas.

Cierta mañana, un joven, cuyos ojos rasgados y sedosas pestañas los cubría con gruesos cristales, mientras lo observaba clínicamente, gritó : —Veo que tienen un Mollinesia sphenops—.

Jacinto se infló de vanidad al saber que tenía un nombre científico e importante como aquel.

Por las noches, los hombres bebían unos líquidos y hacían contorsiones con sus piernas y sus brazos, al son de unos ruidos que llamaban música. Observarlos le divertía muchísimo. ¡Cuánta gente de nota podía él contemplar! Un día, vino al piso, un caballero muy amable al que todos miraban con respeto. —Debe ser una persona de gran categoría pensó. —Tal vez un conde, un duque o un rey. Pero no, no podía serlo, pues el Ecuador era un país democrático. No tardó en enterarse que aquel señor era, nada menos, que el Presidente de la República.

Jacinto, sintió un agudo dolor en el pecho al no poder compartir su experiencia, sus conocimientos, sus gozos y sus penas con otros. En momentos como aquel, su prisión y su soledad le ahogaban.

Pero, Jacinto era un pez con suerte. Una noche en que un impetuoso humano que había libado demasiado, proclamaba la libertad, agarró la gran vasija de vidrio, descendió a la orilla y, enfórico, vertió el precioso contenido de la pecera en las olas y Jacinto se fue, con el bajamar.

—Libre al fin— exclamó alborozado. Corría el mes de Julio y, en estos tres meses de estadía con los hombres había aprendido términos como complicación urbana, tráfico insoportable, ruido ensordecedor, polución del aire. Aquí la vida era diferente, amplitud del mar, brisas marinas y suave murmullo de las olas.

Jacinto permaneció por unos momentos indeciso. —¿Regresaré a mi hogar?— se preguntó. —Tengo tantas novedades que contar, creo que soy el único pez que retorna del cautiverio humano.

Su sangre fría, pero aventurera, le aconsejaba seguir el peregrinaje hacia remotos lugares. Tenía tiempo para decidirse. Mientras el fragor del mar se repetía en un eco interminable, Jacinto se dejó llevar silenciosamente en una ola.

Muy temprano, cuando el sol tiñó de azul-verde el mar, el destino de Jacinto estaba trazado. Sentía con vehemencia la ne-

cesidad urgente de recorrer algunos rincones de su Ecuador. Presuroso, se dirigió rumbo al norte. Le agradaba ir bordeando la costa, pues sentía cierta seguridad al divisar la playa —a causa sin duda, de una complejo adquirido durante su encierro—.

El paisaje terrestre era de una continua aridez interrumpida solamente por árboles de mangle, sobre cuyas copas surcaban los negros y rapaces gallinazos. En algunos sitios, en que el generoso mar había depositado bastante sal, crecían elegantes las palmeras.

Algunos algarrobos y tamarindos daban pinceladas diferentes al panorama, mientras los tupidos matorrales de mazquite, tan secos y vestidos de un polvo gris que tapaba sus flacas carnes, caracterizaban el terreno.

Por las noches, Jacinto dormía cerca de las grietas agitadas por la marea, haciéndoles compañía a las ostiones, camarones y concha prieta. Tenía que esconderse de las gaviotas y alcatraces que, vorazmente, buscaban el sustento.

Al llegar al Cabo Pasado sintió, con gran premura, la invitación de la corriente de Humboldt que le decía a gritos : —Vamos hacia las Islas Encantadas—.

Allí, estaba al fin, la oportunidad de realizar el más grande de sus sueños. No vaciló, lleno de alegría se adentró por la plataforma continental.

A medida que se alejaba de la tierra —libre ya de su complejo— el zócalo descendía hacia el abismo; un lodo espeso cubría las rocas erosionadas por la constancia de las olas del mar.

A su paso, miles de algas blandían triunfadoras sus cachiporras, en multicolor desfile, desde el azul y el pardo hasta el amarillo y el rojo. Por entre ellas nadaban rítmicamente los pececillos, cual agricultores dispuestos a recoger esta abundante cosecha marina.

—¡Qué riqueza en fauna y flora, encierra este mar nuestro¡— exclamó. —Y, ahora que me acuerdo, también oí decir que aquí, en el océano, yace escondido un tesoro muy estimado por los humanos : el petróleo. Tal vez deba dedicarme a buscarlo—. Inútil complicar así su sencilla vida. Pronto comprendió que aquel no era el trabajo de un pez.

Jacinto continuó su viaje por el océano y se sintió abatido. ¡Tanta grandeza para su pequeñez!

El mar era profundo e insondable, apenas se sumergía hacia el fondo, el frío le hacía tiritar y retornaba a flotar en las tibias aguas de la superficie que, aún después de que el astro rey abandonaba su trono y el continente se enfriaba, continuaban templadas y acogedoras.

Durante la travesía, Jacinto pudo deleitar su paladar epicúreamente, no faltaba a su vista y alcance un denso manto de microorganismos : infuscrios, y diminutas algas que componían esta cobija marina, llamada por un nombre que sonaba a extranjero : plancton.

Como distracciones, tenía a su alrededor competencias natatorias entre los peces bonitos y los inconfundibles picudos. Millares de atunes negro-azulados danzaban al ritmo de sus aletas, mientras los tiburones, abriendo bocazas que dejaban ver hileras de dientes triangulares y afilados, los observaban de lejos.

¡Qué grandes para su minúsculo cuerpo resultaban estos parientes de más de un metro! Jacinto se sentía más afín con los veinte centímetros de los azulados bacalaos y las negras sardinas.

A la mañana siguiente, cuando el ligero velo de niebla que cubría el horizonte se despejó, Jacinto descubrió el monstruo marino más grande que sus ojos habían visto. Su reducida mente no había podido imaginar que existieran seres como aquel. No se parecía a nada de lo que él había contemplado hasta hoy. Los botecitos que se mecían cerca de las playas resultaban diminutos comparados con aquel gigantón estático. Su enorme cuerpo de un blanco desafiante se alzaba en un reto al océano. Sus numerosos ojos parecían acribillarle.

—¿Quién sería aquel coloso atrevido que, osaba surcar por estas aguas burlando el Derecho Internacional de las doscientas millas?

Todos sus parientes, grandes y pequeños, navegaban inquietos. Temblando de miedo, con los ojos fijos y atónitos, miraban indignaods cómo aquel monstruo se engullía a sus hermanos y uno tras otro desaparecían para siempre.

Vio admirado una aleta altísima en la mitad del gigante, en donde ondeaba un pedazo de tela al viento. Asoció, furioso, que no eran los colores de la bandera de su Patria Ecuatoriana.

A Jacinto el terror le había paralizado, allí estaba él frente al monstruo, perdidas todas sus ilusiones, su condena estaba sentenciada y no tenía escapatoria.

Pero, el mar empezó a agitarse y apareció otro gigante cuyos varios ojos parecían sonreirle. Un rayo de esperanza brilló en los ojos de Jacinto. Tuvo el presentimiento de que podía confiar en él.

Los dos monstruos discutieron acaloradamente y luego se alejaron.

El enemigo iba cabizbajo, mientras sobre la cubierta del amigo se elevaba airoso el mástil en donde flameaban los colores amarillo, azul y rojo de la bandera de su Patria.

Allá, en lontananza, se divisaban las costas acogedoras de San Cristóbal en donde una Rosa Blanca le cobijaría entre sus pétalos.

LA IMPACIENCIA ME ESTA MATANDO

Por : Lcda. Paquita Gómez Hernández

¡La impaciencia me está matando! Esa es la verdad, porque mañana, después de muchos años, vuelvo a un paradisíaco rincón de mi costa ecuatoriana, a una escondida playa, de arenas plateadas, finas y deslumbrantes que ocupan un lugar de privilegio en mis recuerdos...

Yo nací y viví en una casa grande y soleada, que tenía la alegre vecindad de un Colegio.

Cuando era pequeñita, mi dulce madre me sentaba en una silla alta, frente a un gran ventanal, y allí me entretenía mirando el juego de los niños, sus gimnasias, sus rondas; hasta llegué a aprender una, de tanto escucharla.

Recuerdo que la letra así decía:

"En donde tejemos la ronda?
la haremos a orillas del mar,
la haremos a orillas del mar,
el mar tejerá con las olas
y hará una trenza de azahar",

Allí por vez primera conocí a la palabra MAR. Mi padre me explicó como era el Mar. "Tenía u nhermoso color verde o azul, y era un gran amigo del hombre: otras veces se tornaba obscuro y amenazador".

Desde ese mismo instante, yo ansiaba conocer el Mar.

Pasaron muchos meses, hasta que en una mañana, había una nueva alegría frente a mi ventana; los jóvenes alborozados iban de un lado a otro, bulliciosos, inquietos.

Carmen, nuestra sirviente trajo la noticia :

—"Los jóvenes de Sexto Curso se van a la Costa, y muchos de ellos van a conocer el mar por vez primera".

Volvió a saltar al primer plano de mi curiosidad esta "mágica" palabra ¿cuándo conocería yo el Mar?...

Los días transcurrieron tranquilos, jubilosos, llenos de paz y amor, pues contaba para mi dicha con unos padres infinitamente comprensivos, generosos y buenos.

¡Un día, de súbito llegó la gran noticia!
Mi padre, que era un notable ingeniero, tenía que viajar por un trabajo al puerto, y nos llevaría por unos cuantos días a mi mamita y a mí, para pasar junto al mar.

Aquella noche, ¡cómo olvidarla!, presa de la más grande ilusión, no pude dormir ni por un momento siquiera.

¡Por fin llegó el nuevo día!
Yo fue la primera que estuvo lista, mi osito de felpa y yo, ya podíamos viajar!

¡Partimos!
Qué dicha indescriptible, mis ojos ávidos iban mirando todos los paisajes, mi padre con su mano me señalaba los nevados y le llamaba a cada uno por su nombre. ¡Allí comencé a comprender! cuán hermosa era la Geografía de mi Patria!

Había anochecido. Yo tenía hambre y sueño. Los ojos se me cerraban, mas pronto desperté al escuchar la armoniosa voz de mi madre que decía :

— "¡Al fin llegamos!, mi pequeñita va a dormir esta noche profundamente".

Mi padre me tomó en sus brazos y así subí las pocas escaleras de una blanca casita, con un amplio corredor delante.

Apenas tuve tiempo para beber un gran vaso de leche tibia.
Cuando caía dormida, me sentí arrullada por un sonido nuevo; no era el viento?, qué sería aquello?

Al día siguiente supe que era el rumor del mar.

Mamita me aseó, me vistió con un "mameluco" rojo y me sirvió el desayuno; luego, cuando terminé, me puso un gran sombrero de paja que ató debajo de mi barbilla con un lazo de cinta azul.

—Salimos—
Extendió una gran toalla y me sentó sobre ella, recomendándome que no me apartara del lugar.

Quien me mirara, estoy segura, que habría pensado que era yo "un pequeño Buda", tal era la postura al sentarme, o un gran hongo, que por algún misterio había nacido junto a la playa.

!Nadie empero sabía lo que pasaba en mi alma!...
. ¡Qué hermoso era el mar!, las olas iban y venían sin descansar jamás; cuando chocaban junto a las rocas saltaban blancas espumas; a lo lejos una barquita pequeña de azules velas parecía danzar; una bandada de pájaros cruzó por el cielo atrayendo mi atención, entonces puede ver algo más, unas altas palmeras que se movían al impulso del viento.

De pronto, —una voz—, me sacó de mis meditaciones.
—¿Qué tú estás pensando niñita?

Quien así me hablaba era un negro alto y fornido, no sé cuántos años tendría, tal vez unos 23 o 25 años, mas yo, desde mis cinco años, bien podía llamarle "viejo".

Yo no respondí. En mis oídos resonó la voz de mi mamita con un consejo que repetía con frecuencia : "no hay que conversar con desconocidos".

—Volvió a hablar de nuevo.
—¿Se te comió el ratón la lengua?; bueno, bueno, algún día vas a ser mi amiga.

—¿¿Cómo te llamas?
Volví entonces mi mirada hacia atrás y la visión me confortó; mi joven y hermosa madre se mecía en una hamaca y mi padre, recostado en una gran silla leía su novela favorita.

Levantó sus ojos del libro y agitó su mano a modo de saludo, mamacita me envió un beso con su delicada mano.
Me sentí más segura y con un hilo de voz respondí :

—"Me llamo María Cristina".
El negro gigantón me extendió la mano al tiempo que decía:

—"bonito nombre tienes, es como el de una reina; la mitad es como el nombre de mi madre y de mi mujer, sólo que ellas se llaman María, como la madre de Dios".

Mi diminuta mano se perdió en la mano del gigante moreno.
—Yo me llamo Simón, y tengo también un Simoncito un poco más grande que tú.

—"espérame un momentito que ya vuelvo".
Con paso rápido se alejó de mí, para tornar en poco tiempo trayendo en sus manos un vaso, un coco y un cuchillo tan grande como jamás lo había visto, después supe que su nombre era machete.

Las diligentes manos de Simón hicieron un agujerito en el coco y sacó ante mi asombro una agua fresca que me dio a beber. Era dulce y agradable y tomé con gusto.

El añadió : "Yo soy un gran mago, yo puse esa agua fresca para tí; ¿te gusta? preguntó.

—Sí, repliqué yo, y bebí jubilosa hasta la última gota.

—Bien, respondió Simón,— también esto te va a gustar; partió de inmediato el coco y me dio a saborear un gran trozo blanco y dulce.

Mas, escrito estaba, que mi dicha iba a nublarse, como se nubla el cielo. Al terminar mi porción de coco me sentí algo "extraña", no atinaba a saber que era lo que me estaba sucediendo; percibí un agudo dolor en mi boca y me di cuenta de que algo se me había roto.

Ante el asombro de Simón eché a correr y me refugié llorando en brazos de mi padre. Cuando me hube serenado le conté que algo me había acontecido.

Mis padres se percataron de inmediato de mi "gran tragedia"; había perdido mi primer diente.

Sus consoladoras palabras me tranquilizaron un tanto, cuando me dijeron que todos los niños del mundo perdían sus pequeños dientes y que luego recibían otros nuevos.

Las horas pasaron en un vuelo. Yo iba de emoción en emoción hasta que llegó la hora de irme a la cama. Dormí pácidamente.

Al día siguiente, lo primero que hice después de dar los "buenos días" a mis padres, fue correr hasta el espejo para ver

si mi diente nuevo había llegado. ¡Qué desilusión!, ahí sólo tenía una pequeña ventanita.

Mi padre captó mi desolado gesto y me hizo saber que mi diente nuevo tardaría en llegar, pero él me prometía, que el nuevo diente sería sano y fuerte.

Olvidé mi pena, cuando salí de nuevo a sentarme junto al mar.

¡Qué deslumbrante era!, sí, me parecía aún más bello y más inmenso que el día anterior.

Simón llegó hasta mí y me saludó; yo no contesté, tenía tanta vergüenza de que se diera cuenta que me faltaba un diente; prometí entonces que no despegaría los labios hasta que el nuevo diente estuviera allí. Simón, no dijo nada más y sacó de su bolsillo un trozo de espejo y comenzó a tirarse con las uñas las pocas barbas que tenía.

Eran tan graciosas las muecas que hacía que yo, "olvidando mi tragedia" rompí a reir; él se alegró muchísimo y me pidió que le contara lo que me había sucedido.

Con temblorosa voz narré la historia de mi diente perdido y cuando terminé, su risa de gigante llenó la playa y con voz sonora llamó a su hijo :

—"¡Simoncitoooo, Simoncitoooo"!

Un negrito vivaz, se acercó a todo correr.

—¿Para qué me llamas?, preguntó.

"Para que seas amigo de esta niñita y para que le cuentes que a tí te faltan dos dientes".

Simoncito tenía la cara más pícara que yo haya visto, los negros ojos se movían risueños; él me mostró su boca, y en efecto, él tenía dos agujeros en sus encías. Esto me tranquilizó, y hasta sonreí sin importarme que me vieran el gran agujero que tenía en mitad de la boca.

Cuando ahora, después de tantos años evoco aquel inolvidable viaje, se me nublan los ojos, al recordar cuan feliz fuí.

Simón, me llevó a su casa y me presentó a su madre y a su mujer, una morena joven y agraciada que me recibió con estas palabras :

—¡Qué linda es! parece una muñequita, y hasta tiene un anillo en esa mano tan pequeñita".

La mamá en cambio, pasó suavemente su mano sobre mi cabeza y luego la acarició al mismo tiempo que decía :

—"Esta es tu casa, me da alegría que seas mi amiguita".

Desde entonces todos los días compartí mis horas entre mis padres, Simón su familia y el mar.

Una mañana, mientras Simón tallaba un velero en madera de balsa para obsequiarme, me dijo así: "yo me he dado cuenta de lo mucho que te gusta el mar. El mar es como un gran espejo puesto por Papá Dios para que podamos ver al cielo reflejado en él, y también para que el cielo y las nubes puedan mirarse; los lagos son como espejos más pequeños y los ríos como espejos que se mueven y corren.

Yo le miraba llena de asombro ¡cuánto sabía aquel hombre!

Volvió a hablar : "Como eres una niña bondadosa y linda yo te voy a narrar un cuento :

—"El mar es un gran Imperio donde vive un Rey, poderoso y gran Señor, tiene un gran palacio de cristal; allí habitan las Sílfides vestidas con encajes y tules de espuma; Ondinas y Sirenas pasean su hermosura por los amplios jardines del palacio donde abundan nenúfares, frágiles pececitos dorados, caracoles; diminutos. Todas las bellas van coronadas de perlas y corales; los caballitos de mar arrastran el carruaje del Gran Neptuno cuando sale de paseo; los Delfines de lustrosos uniformes custodian siempre el palacio. En el atardecer cuando el Lucero Vespertino aparece en el cielo se ilumina todo este Imperio enigmático y bello, y las más dulces melodías resuenan por doquier".

Muchas palabras del cuento no entendía; éste en nada se parecía a los cuentos narrados por la amorosa voz de mi abuelita. Yo sabía "Caperucita Roja", "Blanca Nieves y los Siete enanitos", "Alicia en el País de las Maravillas", "El enano juguetón", "El hilo del corazón"; más de una vez estuve a punto de llorar con las tristes peripecias de "La fosforerita", pero de Ondinas y Sirenas, nada sabía.

De pronto llegó hasta nosotros la voz de María.

—Simónnn, ya es hora de almorzar...

—Santa palabra, dijo Simón, esta hambre ya me estaba matando.

Llegamos hasta la puerta, le conté a María que Simón me había narrado un cuento.

¡Esos dichosos cuentos! —repuso ella—, ya llenaste de telaraña la cabeza de la niñita".

Me despedí de ellos y corrí a casa, en cuanto llegué fuí en busca de un cepillo y de una peinilla" para limpiarme de las telarañas de las que había hablado María, no quería correr el riesgo de que mi mamita las viera y no me dejara volver donde mis amigos.

Por suerte no se enteró.

Esa noche arrullada por el rumor de las olas y al amparo de una radiante luna llena, me puse a hacer el inventario luminoso del cielo.

¿Cuántas estrellas brillaban allá arriba?

Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis; conté hasta diez muchísimas veces, porque no sabía contar más. Aquella inolvidable noche mi padre me presentó a la CRUZ DEL SUR, y desde entonces siempre que puedo la busco afanosa en el firmamento.

Suave mano que acariciaba mi rostro, era la brisa que venía del mar.

Al día siguiente, me asaltó la congoja, cuando mi padre anunció que después de dos días tornaríamos a casa.

En mi interior sucedía algo extraño, tenía una pena y una alegría.

Una gran alegría de volver a casa, estar con abuelita, con mis juguetes, mis pequeñas amigas; pero por otra parte tenía una gran pena de dejar este mar verdeazul, infinito, tranquilo, estos nuevos amigos que habían sido tan cariñosos conmigo.

Llegué hasta la casa de María, quien me tomó de la mano, y juntas nos encaminamos hacia el mar. Tendió su diestra y replicó :

—¿Ves allá a la distancia ese puntito que aparece unas veces y desaparece otras? Es mi Simón con su repleta barca de pescados.

—¿Cómo lo sabes? interrogué

—El corazón me lo dice —aseveró— y ¡jamás se equivoca!
Simón tardó largo rato en llegar, pero cuando lo hizo, deslumbrados quedaron mis ojos, ante la cantidad de peces que parecían ser de plata.

Escogió las dos corvinas más grandes y relucientes y se las llevó a mi mamita, que agradeció su generoso presente.

Al día siguiente me fuí a despedir de Simón y su familia, yo puede leer en sus ojos su pena, tan grande y tan sentida como la mía.

Más de pronto, con un salto felino, Simón desapareció en su casa, para reaparecer luego con un presente que depositó en mis manos. De inmediato con un pomposo gesto, —como quien recoge del aire alguna misteriosa emanación— y de echarla sobre él dijo así:

"Esta es la obra del Gran Mago Simón Simonete que quiere regalar con el eco del mar a su preciosa amiga, y gritó de nuevo: ¡mar, hermano mar!, yo te aprisiono en este caracol para que María Cristina pueda escucharte siempre, siempre...

Me entregó entonces el nacarado y magnífico caracol, rosado por dentro, enigmático y bello y me lo apliqué lentamente al oído.

¡Qué indescriptible emoción! —dentro del caracol— aprisionada para siempre estaba la rumorosa voz del mar...

Cuando levanté mis ojos, en todos los de aquella humilde casa brillaba una lágrima; yo puse en cada mejilla un delicado y tembloroso beso.

Corrí hacia la casa y les enseñé a mis padres aquel bellísimo presente que desde entonces ha figurado entre los regalos de más honda significación.

¡Partimos!
Como un ramo de extrañas flores movidas por el viento las morenas manos de mis amigos, grandes y pequeñas me dijeron ¡adió!

Cuando llegué a casa ¡qué inconmensurable era mi alegría! no paré de hablar ni un solo momento, pues tenía la ilusión de ser yo quien relatara a todo el que me quisiera escuchar, de la belleza imponderable del mar.

...La vida que tan de prisa corre, "como los ríos que van a dar a la mar", hicieron transcurrir los días de mi infancia entre alegría y uno que otro contratiempo.

Mi vida escolar comenzó, con un blanco delantal, bajo el que palpitaba un corazón más acelerado que el de costumbre, lleno de esperanzas, lleno de temores...

Un patio soleado, maravilloso, me dio la bienvenida, y una fuente con un gran surtidor, me pareció que me hablaba de amigos comunes, del vasto mar acogedor y manso; las palmeras del bien cuidado jardín me trajeron en cambio el mensaje de las blancas gaviotas surcando el cielo azul, y sonreí confortada de hallar un sitio que llenara mi alma de reminiscencias.

Aprendí a escribir, a leer, a bordar mi primer tapete, a sumar, a restar; aprendí a jugar la macateta y a saltar la cuerda, a cantar hermosas canciones a la Virgen y al Niñito de Praga; aprendí a multiplicar y a dividir, aprendí la Sagrada Canción de la Patria y a venerar el color de su Bandera.

¡Aprendí tantas y tantas cosas!
Hice mi Primera Comunión, fui como un blanco lirio de raso y organdí.

Elevé muchas preces a Dios, y aún cuando no lo crean, recé a Dios por Simón y su familia y porque su "hermano mar", como él lo llamaba le diera generoso sustento, como aquella barca llena de peces que yo miré un día.

Estudié Lugar Natal, estudié la gloriosa Historia de mi Nación, su prodigiosa y rica Geografía, estudié Ciencias Naturales y Cívica, ¡tantas y tantas cosas! desconocidas hasta entonces.

En ese permanente desentrañar los misterios de la Ciencia y de la vida, volaron los seis años de la Escuela, para encontrarme entonces, sobre un escenario, con una áurea medalla sobre el pecho y con voz trémula de emoción despidiéndome de mi escuela y de mis maestras tan queridas.

Los meses de vacaciones pasamos en el campo; el dorado mar de las espigas moviéndose al impulso del viento, simulaban aquellas ondas de espuma que jamás olvidaría.

Por las mañanas, mis hermanos y yo, corríamos al orde-

ño a beber la leche dulce, tibia y espumosa que nos regalaba una vaca a la que llamaban "Ambar"; de ahí salíamos presurosos hasta la pequeña estación para ver la llegada del tren que se anunciaba desde lejos con su gran penacho de humo y su silbato agudo, que no sé por qué siempre me ha llenado de una dulce nostalgia.

Ahí comprábamos el diario de la mañana y volvíamos a casa por un sendero bordeado de eucaliptos.

A veces con mi padre salíamos todos a hacer volar nuestras cometas : faroles, aviones, estrellas ¡que subían, subían! hasta perderse en el cielo, o cabeceaban hasta caer a tierra.

Al mirar el rostro de mis hermanos pequeños que seguían ansiosos el vuelo de sus cometas, se me vino este pensamiento : "las cometas son pequeños sueños de colores que diverten a los niños.

Otras veces en cambio, cuando íbamos a jugar en los columpios, papito nos hacía un concurso.
—Vamos a jugar "a la cara del hombre feliz—" nos decía, y el que gane el concurso tendrá un hermoso premio.

Todos nos ingeniábamos para iluminar nuestros rostros con la más radiante de las sonrisas, y al final, todos éramos de verdad felices, y mi padre nos ponía un gran "copo de algodón de azúcar" en cada mano; yo saboreaba con dicha aquel dulce sabor que se consumía de prisa apenas llegaba a nuestros labios.

¡Cómo me lleno de dicha al evocar las sencillas alegrías de la infancia!

Cuando tornamos a casa me esperaba el uniforme para ingresar al Primer Curso del Colegio.

A comenzar de nuevo, a descubrir un mundo más amplio, a ensanchar mis sueños y a estrenar una nueva palabra, "SEÑORITA", ya que así comenzaron a llamarme, aunque era yo muy pequeña.

El mundo era para mí fascinante, cada mañana entre tarea y tarea, descubría algo nuevo.

Así, en un ir y venir de emociones, llegué al Quinto Curso.

El desvelo que viví esa noche, solo era comparable a aquel otro, tan lejano, el de mi primera visita al mar.

Esta vez el desvelo se debía, a que el día siguiente, bautizada ya de "Alumna-maestra", iba a dictar mi primera clase a niñitas de segundo grado.

¿Cómo me iría? No se notaría que la voz o las manos me temblaban?
¿Cómo me ganaría el cariño de las pequeñas?

Al día siguiente la incógnita fue despejada, ¡todo fue un éxito!, me sentí muy segura y las pequeñuelas comenzaron a quererme tanto como yo a ellas.

Las hojas del calendario fuí arrancando cada vez más de prisa, hasta que me encontré en el estrecho y mágico círculo que formaban los protectores brazos de mis padres, al felicitarme por mi Grado.

¡Era ya MAESTRA!
Con un sonoro beso, con lágrimas de emoción pusieron en mis manos una sortija tachonada de diminutos diamantes que me ha acompañado siempre como símbolo de su amor.

¡No podía creer tanta ventura!
Mi padre al colocarme la sortija me dijo :

"—pequeña mía, de aquí en adelante, siembra tu alegría por donde vayas—, busca por todos los caminos el trébol de cuatro hojas de la felicidad para que puedas compartirla entre tus semejantes, y cuando mires este anillo recuerda a tus padres que tan hondamente te aman!

Las lágrimas llegaron a mis ojos : de alegría, de gratitud, de amor, de emoción profunda.

En voz festiva mi madre preguntó —además de la fiesta con tus amiguitas ¿qué premio prefieres?

Cerré los ojos para concentrarme y pensar mejor. Luego respondí :

—No es éste un capricho, es un viejo anhelo, quiero volver a aquella playa escondida, de arenas plateadas y finas que visité en mi infancia.

Mis padres se miraron y luego, al mismo tiempo, respondieron : ¡Concedido!

Serán apenas un par de días dijo mi padre.
—No podemos "dejar la casa sola", —añadió mamacita—
—Me parece bien— respondí aunque fuera tan solo una hora, yo sería feliz.

El viernes por la tarde salimos de viaje. La impaciencia, la curiosidad, la alegría, me cercaban de interrogantes.

—Estará en el mismo sitio la casita de la playa?
Su hermosa y florida bugamvilla que me brindó su sombra estará tan hermosa como entonces?
¿Vivirá allí Simón y su familia?...
Yo misma me exhortaba : "Calma, calma", ya lo sabrás mañana.

El sábado a las 9 a. m. salí de casa, volaba en lugar de caminar, tomé por aquel sendero conocido y cuando giré a la izquierda ¡ahí estaba la pequeña casa en medio de sus flores deslumbrantes!

Me acerqué cautelosa, necesitaba primero saber si "esa era mi gente"; cuando miré por la ventana, comprobé que eran ellos, en la misma repisa de antaño estaba "aquel extraño pájaro".

Simón, de espaldas se movía rítmicamente en una mecedora.
Cuando María iba a descubrirme, posé un dedo sobre mis labios pidiéndole silencio.

Llegué hasta él y cubrí sus ojos con mis manos.
—¿Quién es? interrogó María.
—um mm replicó Simón, estas manos tan finas, no son de por acá; separó una mano de sus ojos, y aún sin verme prosiguió : "estas manos tan suaves y olorosas no son de por acá".

Luego giró para mirarme deciendo : "yo sabía, estas manos sólo podían ser de niña, mi inolvidable niña"...
Después de esto todo fue griterío y alborozo, me hicieron dar muchas vueltas y me encontraban linda, igual y diferente al mismo tiempo.

Diferente —aclaró María— porque ya eres una señorita, igual porque conservas los mismos ojos y el rostro dulce de la niñita de ayer.

Dialogamos largamente, supe de sus alegrías y de sus pesares.
Simoncito, era ya un empleado "muy importante" en la fábrica enlatadora de pescado que funcionaba en el Puerto; terminó el Colegio y se había casado con una compañera, una chica "juiciosa y de buena familia".

María, la esposa de Simón a quien para diferenciar de su madre, la llamaba Mariquita o "mi negra", había ido a la ciudad a buscar la tela más fina y más bonita para coser las camisitas del primer nieto que ya estaba en camino.

Simón y su madre, me encarecieron que almorzara con ellos y esperara el retorno de Mariquita, —que ya no tardaría— y que querían además que conociera a Mariela, la esposa de Simoncito que acostumbraba a pasar con ellos todos los sábados y domingos.

No acepté almorzar en su compañía, pero prometí retornar lo más pronto posible.

Volví con mis pequeños cariñosos presentes :
Un paquete para Simón, un paquete para María, la madre, otro para María, la esposa y otro para Simoncito.

Mariquita —que había sido advertida de mi llegada— salió a darme una bienvenida llena de caluroso afecto.

Entregué los pequetes.
Las dos mujeres abrieron de inmediato. Para la madre un fino abanico, para la esposa un collar vistoso.

Ambas lanzaron exclamaciones de júbilo —¿es para nosotras?
Sí, respondí.
María —con emocionada voz expresó: ¡esta niñita, es el hada buena de los cuentos!, ¡mira que para mí un abanico!

Comenzó a darse aire, "si hasta parezco una señora de verdad", dijo, contorneándose y escondiendo en gesto coqueto, su rostro detrás del abanico.

—Con este collar, ya tengo para presumir de elegante con este caballero dijo Mariquita, enviando un beso volado a su marido.

Pero hombre, ¿por qué no abres tu paquete?

—Paciencia mujeres—, respondió, a mi me gusta jugar a las adivinanzas y prolongar mi alegría.

Calmadamente, comenzó a desatar la cinta del envoltorio y sacó de la caja, la rueda de un timón, abrió las pequeñas puertecitas y apareció la pulida superficie de un original espejo.

No pronunció palabra alguna, se miró largamente y luego pasó ante el rostro de todos los que ahí estábamos presentes.

En un estallido de alegría dio las gracias y lleno de picardía añadió :

"Con ese pedacito de espejo que tenía, no podía verme como ahora, recién me doy cuenta de lo guapo que soy".

—¡Alábate queso rancio! —apuntó su madre—, aunque si lo lo pienso bien, verdad que eres guapo, porque eres mi hijo!

El cuarto paquete aún conservaba entre mis manos. En el momento en que iba a preguntar por Simoncito, éste apareció seguido de una linda muchacha trigueña, de grandes ojos, de airoso caminar, de esas que con frecuencia vemos en nuestra privilegiada costa ecuatoriana.

Nos quedamos mirando.

De aquel rapazuelo travieso que conocí en la infancia, casi nada quedaba. Este era un muchacho alto, elegante —que al sonreirme— dibujó los oyuelos de sus mejillas.

¡Estás linda!, —me dijo, ahor sí eres una señorita.

Le di las gracias por su cumplido y luego le tendí el presente, —diciendo al mismo tiempo : "ahora me doy cuenta de que mi regalo no te hará gracia alguna te traje algo que estaría mejor para un niño, pero no para un hombre".

Cuando surgió del fondo de la caja un crujiente papel de seda, no sabía que lo que contenía; era una armónica.

¡Esto es colosal!, seguro que tu recordaste aquel pequeño rondín que tocaba a toda hora.

Sí —repliqué— y es más, te he recordado cada vez que pasaba por mi calle el afilador de cuchillos, ya que tocaba siempre con un rondín igual al tuyo.

Comenzó a tocar una melodía luego se detuvo para pregonar en voz alta :

—Señoras y señores—, el flautista mágico ha llegado, y se retira llevándose consigo a "su ratita" Al mismo tiempo se alejaba tirando suavemente del cinturón del vestido de Mariela.

¡!Tamaño atrevimiento! dijo Mariela, con dulce voz que quería fingir enojo.

—"Si fuera de ser animalito, tal vez fuera una gacela de largas piernas y de grandes ojos; si fuera de ser un ave, tal vez sería un cisne;

¡pero mira no más una ratita!

—Mujer, gacela, cisne o ratita, —igual te quiero— dijo Simoncito al mismo tiempo que la levantaba en sus brazos, para girar locamente, entre risas y besos.

Luego la puso suavemente en el suelo y con sus dedos disimuló tocar un ritmo. en el pequeño vientre redondeado de su linda esposa, como si se tratara de un tambor, al mismo tiempo que me decía :

—"Aquí tengo guardado a mi niño de chocolate, éste si irá a la escuela, al Colegio, a la Universidad, y estudiará toda la Ciencia del Mar, y de la Pesca, será ¡ya tu verás!, el famoso ingeniero don Simón Zhañay, del mismo nombre que su padre y su abuelo".

—Dios te oiga —le dije— y que sea bueno, sano y buenmozo también.

A la distancia podía ver a mis padres que tomaban la fresca brisa de la naciente noche, en el amplio balcón del hotel en que nos habíamos hospedado.

Salimos a la playa otra vez, todos querían cantar.

Llevaron maracas, un pequeño bongó y una primorosa guitarra que sacó de su estuche al mismo tiempo que decía : ésta me la compré en Sevilla y es de lo más fina.

La miré con detenimiento, en verdad era una magnífica guitarra española, levanté mis ojos interrogantes a Simón.

El respondió, ya, tu crees este negrito loco cuándo estuvo en Sevilla? Y, como para los viejos, la mente de las niñas es de

cristal, yo leo que es eso lo que tu quieres saber.

Pues bien, voy a contarte mi historia, así "a vuelo de pájaro".

Nos sentamos en la arena.

"Cuando yo tenía 13 años, llegó una buena mañana muy cerca de aquí un elegante y grande barco español que se llamaba "Islas Canarias".

Mucha gente bajó a tierra y entre ellos su Capitán, hombre joven, apuesto, gallardo, "lo veo todo como si fuera ahora, enfatizó Simón.

Don Rodrigro de Villacís, —que así se llamaba— posó su mano en mi hombro al tiempo que me decía:

—¿Cómo te llamas?
—Simón, para servir a usted.
De verdad te gustaría servirme?
¿Por qué no?
—Pareces inteligente.
—Eso me dicen todos.
—¿Quieres acompañarme a hacer algunas compras?
Desde luego que si.

Seguimos caminando. El Capitán Rodrigo compraba de todo. Elegantes sombreros de paja, bolsos bordados, una gran red para pescar, una bonita hamaca y compró hasta un gran paquete de cocadas blancas y morenas, de azúcar y de panela que tanto me gustan a mí.

Caminamos de regreso y fuimos hasta la casa. Le presenté a mis padres.

Me retiré de allí porque me mandaron a preparar una limonada, muy helada, para el caballero.

Bebieron la fresca limonada, ponderando lo deliciosa que hahabía estado.

Salí "corriendo como una flecha", porque mi padre me había encargado un recado para su compadre Santiago que vivía un poco alejado de allí.

Al anochecer, mis padres me llamaron" con cierto aire de misterio", que me desconcertó.

—El habló, pero antes tomó la mano de mi madre entre las suyas, para darle ánimo y me dijo :

—"Tu madre y yo, hemos decidido que acompañes a don Rodrigo en sus viajes, que lo sirvas con diligencia y lealtad; además, así creemos que ayudamos a tu porvenir, no siempre vas a ser el chiquillo que eres ahora. Además —continuó— nos ha dejado gran parte de tu salario, bien sabes cuanta falta nos hace...

—Ya puedes niña mía pensar cuánto mundo recorrí en ocho años!

Todos los siete mares tengo conocidos : tan pronto estuve en Marsella como en Veracruz; tan pronto estuve en Cádiz como en Estambul; las Bahamas, las Antillas las conozco como la palma de mis manos. Estuve en Oriente y Occidente.

Aprendí a leer y a escribir, el Capitán me hablaba de los astros que llenan los cielos en las noches claras; aprendí a escuchar con admiración la música de los grandes Maestros y a recitar versos como éste :

"En los oídos tengo la voz de mi Capitán, cuando en cubierta así decía : ¡El mar amado, el mar apetecido,

¡El mar, el mar y no pensar en nada!

Entonces él cerraba los ojos y seguramente pensaba; yo cerraba los míos y también pensaba.

Veía a mi madre, siempre sonriente, a mi padre, a mi hermana Rosaura, que al casarse fue a vivir a Esmeraldas. Todo lo veía y me dolía —aquí en mitad del pecho—, pero nada decía, porque sabía que con certeza, a mi Capitán le estaba sucediendo algo parecido.

Minúscula chiminea que no cesaba de echar humo, su pipa iba una y otra vez hacia su boca.

Prosiguió :

"Viajé mucho, aprendí el lenguaje de las despedidas, aprendí el lenguaje del amor, pero no sé, ¡aquí dentro del alma algo me hacía falta!

—La Patria le dije yo.
—Eso mismo aseveró.

Porque la Patria, —continúe— es tu casa limpia y florecida, y tu mujer, tus padres y tu hijo; el sol que cada mañana nos

alumbra, es el viento, es la lluvia" gloriosa canción que recorre los campos y los valles". La Patria es tu Bandera y tus amigos, y es tu mundo y tu vida y tu trabajo. Lo que te hacía falta es tu Mar, tu Mar Territoril, fuente de riqueza, por cuya integridad DEBEMOS DE VELAR TODOS, HOMBRES Y MUJERES, MILITARES Y CIVILES, debemos ser como otros tantos faros, vigías permanentes, para impedir que manos extrañas vengan a saquearnos, vengan a despojarnos de nuestros recursos naturales, que debemos conservar y explotar con sabiduría".

Una lágrima rodó por su mejilla, no se avergonzó de ella, y yo en lo íntimo pensé :

"Las joyas más preciadas que existen bajo el sol son las lágrimas de un hombre sin tacha y sin miedo".

Con profunda emoción dijo :

¡"Tú lo has dicho todo niña mía! eso era lo que a mí me faltaba.

Bueno. prosiguió, para no alargarte el cuento, un bendito día de Mayo, llegué de nuevo a casa, mi padre había muerto y decidí quedarme junto a mi madre.

Lanzó un suspiro y dijo : ésta es mi historia...

Conmovedora, y bella —respondí—.

Luego dije, ¡adiós a esta familia, sencilla y querida! que puso en mis manos como postrer recuerdo un primoroso libro de poemas de Rabindranath Tagore...

¡Veinte años han pasado!; y en ellos viví las emociones ya conocidas sólo que esta vez coronaba con éxito la carrera universitaria. He plasmado los más caros anhelos! Dios me ha colmado de dones. Mi leve planta ha recorrido ya casi medio mundo. Conozco el rostro familiar del Pacífico y las divinas noches arrulladas por el Atlántico, el Mar de Las Antillas, el cálido y azul Mediterráneo, el verde y fresco Cantábrico, potro de espuma que galopa incesante...

Conozco la inenarrable alegría del retorno y el abatimiento sin nombre de la ausencia.

Perdí a la dulce abuelita y a los amados e incomparables padres que siguien siendo realidad vital en mi vida...

Desde entonces no volví a escribir, corría el riesgo de que cada estrofa se convirtiera en llanto...

Berlioz, con sus notas dramáticas y solemnes, es el marco apropiado para esta meditación honda y sentida! El cigarrillo que encendí, se consume entre mis dedos...; las espirales de humo azul se desvanecen presto...

Mañana cumplo veinte años de haberme graduado de Maestra. Veinte años de trabajo llenos de abnegación y amor. Justo es que para celebrarlo me haga a mí misma un magnífico regalo.

Eso sería lo mejor, ¡quiero una playa para reposar, para soñar... Por mi mente desfilan en raudo vuelo los paisajes queridos de otras playas : Viña del Mar, Punta del Este, Marbella, Sheraton en La Guayra, Ipanema, San Sebastián, Santander, Copacabana, Miami Beach, La Costa Azul, Capri, Acapulco, La Costa Brava! Todas con el embrujo de su sol, con el bullicio de sus gentes, con la voz murmurante del viento, con la ilusión, estímulo vital para vivir! Y de mi interior, casi sale un grito : ¡No!

—¡No!, esas playas No!, ni siquiera las hermosas y cercanas playas de Salinas, de Playas o de Atacames.

¡Está decidido! Iré a mi escondida playa "de arenas plateadas, finas y deslumbrantes".

Aquí terminó la partitura musical que escuchaba,
Aquí exhalé un suspiro, expresión de nostalgia...
Esta vez la que pone la "gran Magia del Mundo" voy a ser yo!

Para María, que debe estar ya muy viejecita llevo un cubrecama con florecillas de color de oro; para María, la esposa, un corte de tela; para el gran "Mago Simón Simonete", el que me regaló para siempre la imponente voz del mar, le voy a hacer el más bello regalo, un aparato que es radio, tocadiscos y grabadora. ¡Quiero ver la alegría de sus ojos cuando le haga escuchar su propia voz, la de su madre, la de su nieto, la mía!

¡Mañana, va a ser un gran día!
Y de pronto la duda me asalta y me pregunto temerosa :
¿Si no están? Qué haré?

Bueno, por lo menos estoy segura de que encontraré los re-

cuerdos dulces y maravillosos de mi infancia y de mi juventud.

......Tenderé la toalla sobre la arena, regresaré la cabeza lentamente,

Tengo la certeza de que ahí estará mi padre para agitar sus manos en un saludo, mientras la delicada mano de madre me enviará un beso......

.........Y ya, jamás seré un pequeño Buda solitario, porque siempre estaré acompañada de los más maravillosos recuerdos.........

¿Véis ahora, por qué digo "que la impaciencia me está matando"?

EL MAR, UN CARACOL EN EL CORAZON DE UN NIÑO

No podía creer que realmente hubiese ocurrido. Que estubiese ocurriendo. Hasta ayer sólo fue un sueño que jugaba en su imaginación.

El mismo viaje estuvo lleno de sorpresas y sintió que era una aventura personal, en la que se transformaba en propio descubridor al recorrer los exóticos caminos de su patria : subiendo por el zigzagueante carretero hasta casi tocar el cielo, mientras miraba embelesado los ponchos de hielo y niebla con que se cubrían los volcanes y las montañas de la Cordillera Occidental; el largo brazo del viento que movía el paisaje y agitaba los chaparros y la paja paramera. El mareante descenso por el filo de profundas y oscuras quebradas donde brotaba extraña vegetación que señalaba el comienzo de lugares nunca antes visitados por sus ojos. Luego, junto con nuevos olores que se filtraban por todos sus poros, infinidad de ríos espumosos que rompían las gargantas de la tierra y se iban en desbocada carrera hacia donde Christian Alfonso soñaba en llegar.

De pronto, el calor que caía del cielo y de todas partes, empezó a cubrirlo y adueñarse de los pueblos que cruzaba y hasta de sus pensamientos, obligándole a realizar grandes esfuerzos para poder mantener ojos y cuerpo despiertos.

Pueblos y ciudades costeños de ligeras construcciones de caña y cemento, llegaban y se perdían vibrantes de luz y calor; gentes y gritos resbalaban por sus enfebrecidos ojos y ensordecidos oídos. Y el mar...? Tan distante parecía aún para sus sueños.

—Christian...!— le despertó su padre de la modorra en la que se había sumido. Se enderezó en el asiento y miró por la ventanilla.

Simplemente se quedó mirando : la luz y los colores del cielo y del paisaje se unían en una sola línea azul que se iba más allá de sus ojos....

La sábana que lo cubría sentía que era un peso meloso so-

bre su cuerpo. Inconscientemente la retiró con manos y con piernas. Sobre su piel se regó cierta sensación de frescura. Debía aprovechar al máximo esta especial ocasión... Los recuerdos se sucedían y se mezclaban uno con otro. Trataba de ordenarlos, de mantenerse consciente para poder repasarlos y sentir cada instante de su viaje.

Los alumnos se encontraban pendientes de las palabras del profesor, pero Christian Alfonso imaginaba que toda la disertación estaba dirigida exclusivamente a él. Siempre la geografía le atrajo de manera especial; conocer el Ecuador era uno de sus deseos más importantes : en qué parte del Mundo se hallaba situado, saber en cuántas regiones se hallaba dividido, cuál era el número de sus provincias, de sus volcanes, de sus ríos.

Ya en historia el profesor les había contado que el río más grande del Mundo, el Amazonas, había sido descubierto por Francisco de Orellana, que la expedición salió de Quito y que los cientos de indios que lo acompañaron fueron quiteños. Y, cuando el profesor habló sobre el mar, fue como si un mundo nuevo se abriese ante sus ojos y su imaginación. Pensaba y pensaba cómo podría existir extensión tan grande de agua, cuántos miles de lagunas —como la que existía en su pequeña ciudad— se tendrían que sumar para poder llenar y ser un mar... Imposible imaginarme, repetía, tanta agua que cubra la tierra; más que mi patria, que América, que todos los continentes juntos... Y sus ojos se quedaban prendidos de una nube hasta que ella desaparecía. Tenía que comprobarlo, tenía que sentir el mar jugando y metiéndose en sus ojos, en sus manos, en toda su piel.

Cuando contó a su padre lo que había aprendido en la Escuela sobre el mar, con su mirada brillante y el rostro acalorado tratando de dar mayor énfasis a sus palabras, le confió su deseo de algún día conocerlo, de tratar de completar su conocimiento sobre el Ecuador. Su padre, con una sonrisa de comprensión, le ofreció "si terminas bien el año escolar, cumpliré con tu deseo...."

Mientras contaba las semanas y los días que faltaban para los exámenes, se dedicó a leer en todo lo que había en la casa y lo que caía en sus manos: revistas, periódicos, libros, lo que se refería sobre el mar. Fue tal su insistencia sobre el mismo tema, que sus preguntas y el motivo de sus conversaciones giraban exclusivamente sobre el mar.

Emilio Salgari y Julio Verne se transformaron en sus lecturas obligadas luego de sus estudios, y en su enfebrecitante imaginación los enfrentaba o les hacía jurar pactos de sangre al capitán Nemo con Sandokan, que los Tigres de Malasia vayan en ayuda de la familia Robinson... Y, naturalmente, sus juegos tenían que semejarse y emular las aventuras de sus héroes. Luego de terminadas las horas de clase, con un grupo de compañeros contagiados con sus lecturas, se dirigían a la pequeña laguna situada al sureste de la ciudad, y se entregaban a hacer realidad las hazañas de tan lejendarios personajes. Jinetes en viejos botes de alquiler se lanzaban al abordaje y a la conquista de místicas ciudades y fortalezas. Y cuando alguno de ellos resbalaba y caía en las desconocidas aguas de este "mar sin fondo", era la mejor experiencia para aprender a nadar, y ya de vuelta al hogar, con los vestidos mojados, la mejor demostración de valentía frente a las reprensiones paternas. Qué mejor experiencia para cuando conozcan el verdadero mar...!

Descubrió que la Historia del Ecuador y de los otros pueblos del Mundo, siempre tenían hechos que habían sucedido en el mar. Su padre le contó que hace muchísimos años, tantos que la noche del tiempo los había cubierto con la leyenda, impulsadas por el viento y por las olas, grandes balsas de palos trajeron a unos hombres gigantes hasta nuestras costas; permanecieron una larga temporada y, que así mismo, desaparecieron por el ancho camino del mar. Que en diferentes épocas, pueblos de navegantes y guerreros se repartieron por el litoral ecuatoriano, lo poblaron, y luego se adentraron hacia la sierra, formaron los diferentes reinos, que a su vez fueron conquistados por los incas al mando de Huayna-Cápac.

Qué hermosa experiencia, la de viajar por las páginas de la Historia! La de imaginarse cómo serían las balsas, los diferentes pueblos primitivos; y cómo será ese viejo mar que seguía igual con tantos miles y miles de años de existencia! Cuántos secretos guardarán sus aguas...!

Su deslumbramiento con el Descubrimiento de América por Cristóbal Colón; ese valiente marino que impulsado por un sueño navegó por mares desconocidos, y que, con sólo la fuerza de su mística, enfrenta un amotinamiento y descubre un nuevo mundo. La búsqueda de un camino para encontrar el Dorado, entrega un nuevo mar a las desorbitadas pupilas de Vasco Núñez de Balboa. Al perseguir la búsqueda de oro, por este nuevo mar llega Francisco Pizarro y frente a nuestras costas, en la peque-

ña isla del Gallo, cumple con la Historia su misión de guerrero : "...al norte la pobreza, al sur la gloria y la riqueza...!", y son los 'trece de la fama", que con nuevos refuerzos, conquistan con la cruz y la espada el reino más grande de esta América : el Tahuantin-Suyo.

Para Christian Alfonso la Historia se hace mojando sus páginas en las aguas del mar. Su imaginación volaba con las olas cuando acompañaba a los galeones y carabelas, que enfrentándose o escapando de los piratas, traían a las colonias todo lo que producían Europa y otros lugares del Mundo : ideas, arte, maquinarias, armas..., aquello que con el tiempo sirvió para la Independencia.

Sus sueños iban más allá de las historietas y de las películas, de las aventuras de piratas y de las guerras submarinas. Se estremecía al pensar en los grandes pulpos y en los temibles tiburones.

Se enternecía leyendo los cuentos de sirenas, de estrellas y de caballitos de mar. Se enorgullecía sabiendo que muy adentro del Océano Pacífico, el Ecuador era dueño del Archipiélago de las Galápagos, y que allí existían desde hace miles o millones de años especies de animales que no existen en ninguna otra parte del mundo... Y su corazón latía aceleradamente cuando recordaba que su padre le contó que también los ecuatorianos, a lo largo de su Historia, habían realizado en el mar grandes hazañas de igual o mayor importancia que la de otros países : la rebelión de los puneños contra sus conquistadores Incas; la defensa de la ciudad de Guayaquil contra los saqueos de los piratas; la famosa Batalla de Jambelí, cuando un pequeño y mal armado buque con nuestra bandera tricolor, el "Calderón", entregó a la Historia uno de los hechos más heróicos al defenderse y derrotar con fuertes pérdidas a un buque de superior tonelaje y armamento... Y últimamente en estos mismos días, la defensa del derecho ecuatoriano a las doscientas millas marinas por nuestra Armada Nacional, capturando a los piratas atuneros.

Mirar el mar fue para Christian Alfonso la más grande sorpresa que un niño podía experimentar : sentirlo tan poderoso que se hinchaba en grandes olas y se estrellaba espumoso contra los acantilados, o con suaves ondas desperezarse sobre la playa y escribir en la arena antiguas leyendas de amor. Extraños contrastes de este viejo señor : dormilón y sosegado la mayor parte de

tiempo, y de pronto, enfurruñado y violento, cerrando el horizonte con oscuras tormentas.

Mas para el niño todo era atrayente y novedoso. Qué importaban los malgenios de tan poderoso señor si él podía hundir las plantas de sus pies en los límites de las aguas y saltar indistintamente de lo seco a lo mojado, rodar y cubririse con el brillante polvo de plata de la arena, sumergirse y dejarse tumbar con los violentos juegos de quien ya consideraba su amigo; hartarse de luz y sentir en su piel las antiguas sales minerales...

Cómo no desear que sus amigos de la Escuela, que todos los niños ecuatorianos conozcan el mar y sean compañeros de sus juegos. Todos los padres, pensaba, deberían traer a sus hijos para que sientan el mismo goce... Y se lanzaba a la carrera por la amplia playa, deteniéndose de vez en cuando para recoger iridiscentes conchas, rojos caparazones, petrificadas estrellas, blancos y lanceolados esqueletos de desconocidos peces, que el mar entregaba como parte de sus eternos secretos.

En la pequeña caleta del pueblo costeño se hizo amigo de un grupo de niños, hijos de pescadores. Se sorprendió por la facilidad con que ellos lo acogieron e hicieron partícipe de sus juegos al "niño serrano". Mientras su padre conversaba con un viejo pescador, el grupo de "monitos" le iniciaron en el secreto de cómo cortar las olas y no dejarte arrojar sobre la playa; la técnica y paciencia para atrapar los minúsculos cangrejos que a grandes velocidades dibujaban la huída sobre la húmeda arena; o los sitios donde el mar depositaba las conchas más hermosas o los caracoles más sonoros.

Esa tarde, el pescador amigo de su padre, los invitó a salir de pesca en su vieja canoa. Por fin iba a estar rodeado del mar, sintiendo sus aguas adueñarse de él. Claro que al principio sintió miedo, pero la serenidad de su padre y la confianza que sentía en el lobo de mar, hizo que exteriormente no demuestre ningún temor. Qué inolvidable fue aquella primera experiencia marinera! ¡Qué diferente la tónica de sus juegos en la pequeña laguna de su ciudad natal! Ver cómo el pescador lanzaba su remendada red sobre ciertos sitios que únicamente él conocía; ayudarlo a sacar los templados hilos que aprisionaban plateados y raros peces; sentir cómo la canoa se hundía sensiblemente con su largo vientre repleto de frutos del mar... Estaba seguro que nunca sentiría igual emoción y que tampoco lo olvidaría. El re-

greso tuvo también su encanto cuando la negra línea al filo del mar, se fue agrandando y tomando la forma del pueblo y de la playa conocida.

Esa noche, luego de la deliciosa cena con fresco pescado, su padre le contó que el mar no sólo servía de "despensa", así él lo decía, para ayudar en la alimentación de los pueblos, sino que, a pesar de los adelantos en la técnica de los transportes, el mar continuaba siendo la mejor vía para el intercambio de productos y artículos entre los países; que por tal razón, el Ecuador se había preocupado en construir con todos los adelantos modernos, dos grandes puertos --en los mismos sitios que históricamente son tan conocidos—: uno en el brazo de mar, el Salado, que corta a la ciudad de Guayaquil, y el otro frente a la ciudad de Manta. Profundizó un tanto cuando le explicó que actualmente, una de las principales fuentes de riqueza y de progreso de la patria son los pozos de petróleo, y que, a pesar de encontrarse situados en el Oriente ecuatoriano, se construyó una de las obras maestras en ingeniería : el oleoducto, que se encarga de bombearlo, hacerlo subir por la Cordillera de los Andes y descender hacia las costas de Esmeraldas, para en grandes barcos tanqueros con banderas de diferentes países, ser transportado al mundo.

Instintivamente buscó con su mano el caracol que lo había guardado bajo su almohada. La frescura rugosa la estrechó al lado de su oído, y con una sonrisa, se dejó llevar en la canción marina.

Qué decisiva fue para mi vida esta primera experiencia, se repetía Christian Alfonso, rígidamente elegante en su negro uniforme de Guardia Marina, húmedos los ojos con la salada brisa.

COCHA GRANDE

Por : Lcdo. Jorge Renán de la Torre Torres

A veces ocurren cosas...

En uno de sus arranques de generosidad, el patrón de la hacienda había obsequiado al indio Juancho, una parcela laderosa y avara en los declives de la barranca.

El indio estaba eufórico. Su rostro de espantajo semioculto en los repliegues del poncho reflejaba una alegría vernácula. Su dicha ingenua parecía hierba recién brotada en el campo, teñida de una esperanza lodosa y pura. Por su mente vagaban las enseñanzas aprendidas en el huasipungo incipiente, en ese retazo de nada que el amo diera a sus antepasados a cambio de siembra y desmonte, de minga y cosecha, sumisión y vergüenza. Peél,... él no sabía ninguna de estas cosas. Su simpleza nativa encubría la realidad y los latifundios de desprecio permanecían todavía ignorados. Por eso pensaba, y estaba seguro de ello, que él sí, con sus conocimientos y experiencia, lograría lo que ninguno de su raza : convertirse en unos pocos años, quizás en diez, en patrón grande, su mercé.

Y llegó el día feliz. Un entusiasmo disforme apareció en la sonrisa de sus dientes idiotas cuando el hacendado señaló los linderos de "sus tierras".

—Dius su lu pay, patroncitu.
Dius su lu pay, amitu.
—Mamiticu.

El coro de las gracias se retorcía en los cuellos gangosos de los familiares del Juancho, mientras éste, pilche en mano, acarreaba hacia el padrino la chicha del festejo.

Un gesto de repugnancia deformó al terrateniente cuando el indio le ofreció aquel líquido baboso y dulce.

Para no ofender a su mano de obra, el patrón estuvo un rato en compañía de sus indios, bebiendo con esfuerzo pilches de fermento. Cuando su presencia cohibitiva cesó, los runas se entregaron libremente al dominio del guarapo.

Al amanecer, el cielo se miraba incoherente, lleno de una tristeza opalina, azotado por una ventisca que helaba los huesos. Empero, el ánimo del Juancho no estaba dispuesto a contagiarse de soledad y hastío. Siquiera ese día, el señalado para cercar sus tierras, había que menospreciar lo cotidiano, como ayuno de rico. Por ello, alborozado, con su guarmi y sus longos entrelazó innumerables sogas con las que sujetó luego las estacas colocadas en los bordes de las zanjas y del río.

Cuando estuvo terminada la cerca, legalizó en quipus la escritura de aquella propiedad ilusa.

El trabajo duro y opresor en las tierras del latifundio dejaba poco tiempo para que el Juancho, con sus mejores bríos, cultivara la parcela; pero se daba escapaditas, aprovechando el parentesco que le unía al menos de nombre con el patrón.

La chacra se deslizaba en caídas repentinas la tarde en que el huasipunguero inició el arado. No era una buena tarde, sin duda. El viento y una llovizna persistente vociferaban entre los vericuetos de las lomas, las grietas de las peñas, las patas de los runas.

Con la chacra se desmoronaban también los sueños del indio : el patrón Juancho, el amito Juancho, su mercé. Sin embargo porfió. Con cabestro en mano logró del buey levantadas frecuentes. Las patas fuertes y profundas de la bestia, en los intentos, escribieron jeroglíficos fugaces. Todo fue inútil, el declive inmutable despreció los afanes.

Cuando el indio desistió, sus maldiciones cavernosas quebrantaron la tierra.

Mientras el silencio meditaba este nuevo vencimiento de la cho invencible surgió de allí y su decisión por alcanzar la altura de los grandes, de los señores, de los únicos que merecen el beneficio de la tierra, le impulsó a desatar una lucha frenética contra la ladera.

Y el desafío se inició. Para sorprender a su rival, en muchas ocasiones el campesino ascendió envuelto en la noche y, furioso, clavó la protesta del pico en sus entrañas ingrávidas. Las sombras contemplaron mudas el ultraje de aquella virgen áspera y lodosa.

Al fin, la lucha terminó. Las muecas de los surcos aparecieron como un premio hipócrita al esfuerzo sudoroso del indio. Faltaba la siembra.

Una nueva deuda con el patrón y la semilla del mejor trigo se esparció generosa en los campos exiguos. Cuando las faenas terminaron, el Juancho y los suyos acudieron jubilosos al refugio de la choza sórdida, maloliente, pero suya.

El sueño no acudió esa noche a los ojos del huasipunguero. Las tinieblas repitieron hasta el cansancio las labores del día, mientras, al unísono, un coro de picos y palas preludiaba la presencia pródiga de visiones que iluminaron su espíritu primitivo. Las brizas de la gramínea, al principio temerosas y humildes, crecieron lozanas. En breve, las espigas se elevaron risueñas en alabanza dorada al padre ancestral. Los trojes repletos aseguraban, ahora sí, el nacimiento del nuevo patrón.

Un trueno ahuecó el silencio con sus amenazas ululantes y puso frente al indio, sacudiéndolo, la realidad.

—¡Nus fregamus, caraju!
—¿Qué pes, taiticu?
—Ajuera llueve. Aura lus granitus se jodierun
—Yade pasar, taitiquitu .
—¡Yade pasar... Yade pasar... caraju!
—¡Garúa juerte nu pasa así nu más, caraju!

Un pensamiento trágico e inconfundible resurgía, como tantas veces, en el corazón del Juancho. En tanto, afuera, los azotes brillantes propagaban chismes de comadres. Los montes se quejaban.

—¡Tanto trabaju para nada, para nada!

La lluvia epiléptica arreciaba en lamentos y se contorneaba incansable entre los chaquiñanes sinuosos. Luego, como guagua emperrada, volvía a la calma para renacer con ímpetu. El ritmo monótono y húmedo del chubasco fue interminable. Esa noche, los terrenos vecinos a la barranca se desprendieron en resbalones continuos y, en sus caídas, abortaron la semilla de la deuda.

La mañana siguiente, solapada y oscura, delataba su complicidad con el desastre de la víspera. Los indios examinaban sobrecogidos los estragos del flagelo, mientras el Juancho se aproximaba a su parcela deshecha. Cuando estuvo en ella, los surcos le recibieron con una sonrisa burlona, desdentada. Entonces, movido por la rabia que se agolpó en su pecho, con taconazos incultos de sus hoshotas destruyó el único guacho incólume. Los golpes dejaron al descubierto las semillas postreras y el indio las vio precipitarse lentamente, camino al río. Una mirada idiota siguió el deslave del semen rubio y bueno.

—¡Lluvia shuguaaaaa! Riu ladruuun! Carajuuu!

El insulto doloroso le venía desde adentro, convertido en una vocinglería chirle, impotente. No, no hacían falta testigos. El indio mismo había descubierto el robo. Su tierra, su mejor tierra y sus semillas recién fiadas! Todo... todo iba al río en manos de la lluvia! Sí, no había la menor duda; aquellas aguas dislocadas y sucias llevaban el saqueo nocturno, y el de la mañana, y el de la tarde,... y el de siempre.

Cada grito era una angustia entremezclada de tostado y mashca :

—¡Riu shuguaaaaa!

El Juancho estaba alelado, entontecido. De pronto, una resolución estúpida lo lanzó hacia el río: perseguiría al delincuente y conocería el paradero de sus tierras, de sus semillas, de sus esfuerzos, de su... maldita sea.

....

Los días que llevaba en esa empresa eran incontables, pero el indio no cejaba en su propósito. Largos trechos había caminado bordeando las márgenes del río, zigzagueando sus aguas o acortando el camino por los recodos caprichosos de su cauce. Durante el trayecto, el clima escalofriado, penetrante, rechinaba sarroso en sus dientes articulando voces indescifrables.

Poco a poco, el tiempo y su trajineo jadeante cambiaron ese ambiente de serranía inhóspita y condujeron al Juancho, con poncho y todo, hacia el abrazo caluroso de la costa.

Al proseguir el avance en la planicie, el espíritu vengativo del indígena recibía nuevas cuotas de rencor. Para él, el río persistía en sus maldades. Su odio no permitía apreciar los beneficios de aquel paso fresco y rumoroso. Y tenía motivos. Las aguas, en pocas ocasiones, cometieron otro tipo de despojos. Taimadas, hipócritas, lamían las riberas, los sembríos, las aldeas. De pronto, se arremolinaban y clavaban sus colmillos espumosos engullendo los contornos. Luego, sus instintos vandálicos saqueaban las comarcas.

—Riu shuguaaa! Riu ladruuun!

....

La tarde del desagüe el río estaba anchuroso y espléndido; por eso, — acobardado, el mar se retiró ante su empuje fangoso.

El Juancho había llegado. Una pequeñez infinita extremeció su ser al contemplar el océano vasto y profundo. Sentíase desfallecer.

—Cocha grande ladrunaaa! Cocha grande shuguaaa!

El grito insignificante del indio fue como un alarido de triunfo: había conseguido su propósito. Al fin sabía quién era el

pirata de las sierras, los valles y llanuras; al fin conocía al jefe del pillaje que desmenbraba sus tierras, al fin.

Shuguaaaa! Ladrunnaa!

El furor de su voz se agotó en los límites de la playa y su cuerpo rendido quedó clavado en la arena.

Como única respuesta, innumerables sonrisas azules mostraron su blancura.

Después, ante los ojos desencajados del runa, se presentaron visiones extrañas.

Las nubes apáticas se revistieron de un sol anaranjado, mientras las sombras se agrupaban en su torno, dejando una abertura descomunal. Esa boca lumínica pareció aproximarse amenazante sobre la vista inconexa del indio. El sol del ocaso le aplastaba, acosándolo. Entonces, sus oídos escucharon una voz imperceptible:

—Soy el espíritu ignoto de los mares. Tu presencia provoca mi advenimiento furtivo. Escúchame y calla.

El Juancho permaneció yerto en su lecho innumerable. Su voz enmudecida quiso acallar aquella insubsistente y recóndida. Deseó, sin conseguirlo, lanzar con furia su acusación añeja contra la lluvia, los ríos, la cocha grande.

El espíritu con su mente inquisidora, descubrió los pensamientos del viajero y, humanizándose, le dio la razón. Luego, con timbre estridente, exclamó :

El desgaste de tu suelo bendito no fue en vano. En pago a su sangría generosa mi espíritu obrará prodigios. Pero, entiéndelo bien, esta retribución no ofrezco a cualquier tierra. Doy solamente a la que silenciosa y tierna brindó a mi seno el despojo que hoy disputas, a la que entregó su sabia a mis emisarios cristalinos y fríos, a la que sufrió y sufre sin fin ese desgaste de siglos que enriquece mi imperio, a tu tierra, a la del equinoccio, brillante y pura. Y no solamente a ella, sino a sus hombres. A los que en yunques de nieve fragüen su valor para defender con

ahinco lo que es suyo, lo que es sangre de su tierra, limo de sus venas.

Asombrado, el indio escuchaba en trance psicopático aquellas palabras —en su mayoría— incomprensibles. Lo poco que entendió fue compatible con sus idiosincrasia pedigüeña :

¿Qué darás, pes? ¿Cómo darás, pes?

La voz timorata del campesino sacudió el océano infinito. Las olas encrespadas batieron con furia los acantilados y en sus cascadas próvidas afloraron los peces, mariscos, algas, minerales. Todo era extraño para el indio. Después, la furia incontrastable del mar, en vaporizaciones de espuma, tomó diversas formas para exponer sus frutos en muestras comprensibles al intelecto aborigen. Y, en esas apariciones espectrales, el Juancho miró la carne y las harinas, como las que comía el patrón; los aceites animales y el petróleo, las sales y el oro, los fertilizantes que el amo ponía a sus tierras extensas y el alimento que daba al ganado y a las aves...

¡Y para el natural nada! ¡Nada, caraju!

Su protesta fue el gemido del indio al sentirse como siempre, preterido.

—Pronto, muy pronto —respondió el espíritu— la justicia enseñoreará de veras y repartirá los bienes sin distingos, ni prevendas, ni engaños, y gran parte de esto y mucho más, será para ti y para los tuyos.

Al escuchar estos augurios el contento del Juancho irguió su cuerpo y su algazara compitió con el estruendo azul :

—¡Todo míu! Comu choza, comu guarmi, comu ponchu, comu patas!

—Sí, todo tuyo, pero recuerda lo que oíste. Mis bienes infinitos no llenarán las arcas de cobardes ni cofres pusilámines. Para merecerlos, tú y tus hermanos de raza y tierra, en un acopio de fuerzas viril y osado, deben protegerme de hombres pro-

cedentes de otros lares, de tierras que no vertieron su efusión vital en mis entrañas, y que, en desvergüenza sin nombre, se apropian de los dones que te ofrezco.

Las últimas palabras encendieron un coraje rural.

—¿Por qué sian de robar? Dellus serán lus terrenitus que lava la shuvia? ¿Dellus serán las semillas que prista el patrún? ¿Dellus serán lus sembradus que arrastra el ríu? ¡Caraju! ¡Nu sian de robar! ¡Pagu de Mama Cocha al natural es! ¡Nu sian de robar! ¡Yode matar, caraju!

¡Cocha grande! ¡Cocha grande! ¡Te defenderemus comu si jueras choza, comu si jueras guarmi, comu si jueras huasipunguuu!

Cuando el indio inició el retorno iba pleno de una esperanza dulce, vivificante.

Su páramo ya no tenía la hosquedad de siempre y las lluvias eran como bendiciones del cielo. Por eso, cada vez que las aguas violentas erosionaban su chacra, y la del Andrés, y la chacra grande del patrón, sentíase poseído de una felicidad ambigua. Con entusiasmo pueril reía y lloraba al mismo tiempo y, en sus lamentos alegres, exclamaba :

¡Lleven nu más tierritas! ¡Lleven nu más semillitas! ¡Lleven nu más plantitas tiernas! ¡Para Cocha grande es! ¡Para Mama Cocha es!

¡Mama Cochaaa! ¡Te defenderemus comu si jueras huasipungu, comu si jueras guarmi, comu si jueras shunguuu!

VOCACION POR EL MAR

Por : Joffre García Martínez

Voy a relatar la historia que un día me contó mi abuelita.

Nietecito querido : Como ya estoy muy viejita y creo que se me acercan mis últimos días, deseo que escuches la vida de tu tío Iván, que no pudiste conocerlo, porque tú todavía no existías, y no quisiera que la realidad de su vida, que fue un ejemplo, se pierda con el tiempo, sino que perdure por siempre.

Yo tuve solamente dos hijos, la hija mayor que es tu mamá Catita y el menor que fue tu tío Iván Martinuzzi Andrade (fallecido). Enviudé muy joven y tuve que luchar durísimo para sacarlos adelante. Los reveses que el destino nos depara, por regla general los ignoramos.

Iván era de pequeño un niño muy inquieto, amiguero y juguetón. Siempre que se reunía con sus amiguitos del barrio se ponía a jugar a la guerra de marineros. Cuando íbamos a pasar vacaciones en Salinas, se distraía haciendo una infinidad de barquitos de papel y luego iba al mar, a echarlos en el agua y hacerlos navegar, y así pasaba horas enteras en la playa. A veces lo encontraba muy pensativo sentado en el centro de un gran pozo de agua que solía hacer, y rodeado de infinidad de barquichuelos de todos los tamaños, distraído y absorto observando en lontananza la aurora de la mañana o el crepúsculo de la tarde. Yo le preguntaba ¿Ivancito que estás haciendo allí solito? Mami, pienso que algún día yo llegaré a estar así en medio del mar, rodeado de muchos barcos grandes, porque cuando yo sea hombre, quiero ser marinero. Me sonrería y hacía caso omiso de sus palabras porque me imaginaba que era ilusión de niño.

Crecía mi hijo y a medida que crecía, aumentaba su inclinación por el mar; le fascinaba estar en completa armonía con el oleaje marino.

Cuando Ivancito tenía 17 años cursaba el Sexto Curso de Bachillerato en el Colegio "San José" de Guayaquil; ya estando cerca de graduarse me dijo un día de sorpresa : Mami hay edades en la vida en que tenemos una enorme capacidad de soñar y de fijarnos metas. Yo ya me he fijado una meta, quiero entrar a la Marina, y deseo que tú me des tu consentimiento y me apoyes. Me quedé perpleja al oirlo y de pronto cruzaron por mi mente sus sueños de la infancia. Lo que escuchaba casi no creía. Desde que se casó mi hija Catita, Ivancito había sido mi único compañero.

Entonces me decía : separarnos no... imposible... me había aferrado a él porque era mi único hijo, mi adoración, mi encanto y mi consuelo en mis ayes y dolores. Absorta en mi silencio interior lo contemplaba y al hacerlo escuchaba mi propio pensamiento, y temía que saliera de mis labios la confesión —más dolorosa para él— que estaba pronta a salir de mi corazón desgarrado : ¡No, no quiero que ingreses a la Marina, porque no soportaría tenerte lejos! Pero haciendo un esfuerzo sobrehumano me sobrepuse y le dije : Mira Ivancito discúlpame por hoy, pero mañana conversaremos respecto a tus proyectos, pues ahora no me siento tan bien de salud que digamos.

Desde aquel momento comenzó mi intranquilidad, me quedé pensativa todo el día. Durante la noche me desvelé, me sentaba, me levantaba, caminaba de un lado a otro, de repente me asomaba a la ventana observando cómo el viento escribía entre las hojas de los árboles un arduo evangelio de preguntas.

Al día siguiente le dije : Ivancito respecto a lo que tú me dices que deseas entrar a la Marina yo creo que no debes hacerlo, que tal vez es una ilusión tuya, que estás equivocado, que no es una carrera para tí. Piensa que siempre soñé que estudiaras medicina, para presenciar día a día progresos, para verte pau-

latinamente transformarte en un hombre al lado mío y finalmen te que te gradúes de médico-cirujano.

Mi hijo me respondió : Mami, en la constante búsqueda de mejores condiciones sociales sólo el sueño de un ideal es lo que impulsa el hombre a la acción.

La Armada del Ecuador se encuentra en Guayaquil y por lo tanto Guayaquil y la Armada Nacional son Tradición de Gloria y Honor, íntima comunión de sublimes ideas, conjunción de esfuerzos para forjar días para nuestros hijos en firme convicción de que todo cuanto hacen en beneficio de Guayaquil, lo están haciendo en favor de la inmortal grandeza de la nación ecuatoriana.

La juventud entusiasta y desbordante de optimismo y energía como tú, es la única digna de ingresar a la Armada del Ecuador, en donde se preparan con abnegación, con afanes y dedicación, con disciplina y sacrificio en el cumplimiento del deber, irrumpiendo con su voz y sus hazañas el ámbito de la Patria, para llegar a los más recónditos lugares, con la belleza de la brisa de aliento, que tiene como principio y como fin el mejoramiento del hombre al enriquecer sus más nobles sentimientos, siempre alertándoles a defender nuestra sagrada heredad, imponiéndoles servir con mayor dedicación y disciplina a la Patria, hasta el sacrificio de la vida misma, si ésta se pierde en el holocausto defendiendo la Soberanía de este pedazo de tierra que nos vio nacer, de su ancho y azulado cielo ecuatoriano, del tricolor bendito que un día Sucre perennizara en las áureas cumbres del Pichincha y Bolívar lo entregara a los siglos y generaciones en Boyacá y Carabobo.

Ivancito vibrando de sutiles e infinitas emociones me escuchaba estático y luego da un brinco para lanzarse hacia mí y estrechándome entre sus brazos y besando mis mejillas me decía : Gracias madre mía, mil gracias.

Luego comenzaron los preparativos con el fin de llenar los requisitos para ingresar a la Armada del Ecuador. Mientras tanto Ivancito comprendía que le quedaban pocos días de estar a mi

lado, y me llenaba de mimos y caricias, procurando los más de los días y las noches estar conmigo.

Hasta que llegó el día tan ansiado por Ivancito. Partí con él a LA ESCUELA SUPERIOR NAVAL DE SALINAS. Me presenté con mi hijo al igual que muchos padres de familia; en la puerta fuimos recibidos por unos marinos uniformados que luego de saludar nos dijeron : Los padres de familia tengan la bondad de esperar en el locutorio, mientras nosotros nos llevamos a los reclutas, pero luego los volverán a ver. (Reclutas había sido el primer nombre que les daban). Los padres de familia pasamos luego a un salón muy elegante, en donde nos hicieron firmar el acta de entrega de nuestros hijos. Al estampar mi firma no pude contener el torrente de lágrimas que brotaban a borbotones. Inmediatamente nos condujeron hasta un enorme patio, entonces comenzó un desfile de un grupo de marinos uniformados de gala, con su impresionante banda de guerra, luego los altos Jefes con el Tricolor Nacional y al final venían los reclutas. Allí estaba mi hijo Ivancito conformando el grupo de los nuevos reclutas, marchando elegantemente uniformados con su traje blanco con azul. Lo veía muy guapo, lindísimo y con mucho garbo lucir su uniforme, pero no dejaba de estar apenada porque sabía que tenía que dejarlo allí y yo tendría que regresar sola.

Luego se entona el Himno Nacional y después habla un Alto Oficial, dando la bienvenida a los reclutas y en elocuentes frases les dice : Que la carrera que han escogido no es fácil y por el contrario es dura y pesarosa, pero que así se forman los hombres de conciencia y si es que alguno se siente inseguro como para aceptar el sacrificio, todavía es tiempo de retirarse.

Yo esperaba que Ivancito oyendo esa arenga tan verídica e impactante desistiera de sus proyectos. Pero no fue así, derechito y erguido permaneció al igual que los demás reclutas. Luego continúa el discurso y ahora se dirige a los padres de familia, agradeciéndonos por haberles confiado a nuestros hijos, sugiriéndonos que estemos tranquilos, porque quedan bajo su custodia, en buenas manos y con toda garantía. Mientras tanto todas las ma-

dres zollozábamos, suspirábamos y llorábamos, pero de pronto sentimos una voz de aliento al escuchar una frase muy hermosa: "SOLO A TRAVES DEL SACRIFICIO SE CONSIGUE LA FELICIDAD".

Acto seguido les toman el juramento a los reclutas, disparan 3 cañonazos y ordenan romper filas, para que los reclutas vayan a despedirse ahora sí definitivamente de sus padres.

La enorme alegría que demostraba Ivancito, el amor intenso que me expresaba, fueron los soportes de mi fortaleza. Ivancito me tenía entre sus brazos y yo estaba nerviosísima, de pronto les dieron orden de retirada, mi hijo se postró de rodillas pidiéndome la bendición. ¡Oh terrible momento para mí! sentía una emoción contenida en mi pecho, pensaba que quizás sería la última despedida, y mi propia emoción me silenciaba; y sinembargo, quería decirle : ¡No te quedes aquí! ¡Regrésate conmigo a casa!... ¡Y callaba!, como temiendo matar aquellos minutos de ensueño de Ivancito. Y bendecía a mi hijo, y bendecía esa hora de ventura, temiendo que mis lágrimas saltaran y que mi voz se quebrara, hacía esfuerzos por no dar a notar a mi hijo la nostalgia mía.

Pasé tres meses largos sin ver para nada a mi hijo, pero siempre me escribía; recuerdo aún su primera carta.

Yo he mirado en los últimos tiempos, el sereno cielo con su mar apacible y tradicional, en completo aislamiento de la maldad humana, y el resultado es, en cierto sentido, mi deseo de ir al mar en busca de un alcance nuevo para entender la vida y el destino del hombre. Déjame ir mami por favor a la Marina, sé condescendiente conmigo.

Pero Ivancito tú sabes que eres el único compañero mío, que te adoro, que nunca nos hemos separado y que me moriría sin verte. ¡Piensa en la lejanía inefable que nos separaría y en el resto del camino solitario y duro que todavía me falta por recorrer!

Mami, el hombre va y vuelve. Se aleja y retorna. A ve-

ces coronada de espuma, en ocasiones sombría, alguna mañana intensamente esperanzada, siempre agitándose. Flujo y reflujo de mágicos doloridos, transidos, latientes. ¡Ah el destino del hombre! Hombre y destino constituyen un ave de paso.

Ivancito piénsalo bien, no te precipites, no quiero que te alejes de mi lado, pero tampoco puedo ser egoista y distorsionar la senda que te has trazado en tu camino.

Mami, yo también te adoro con el alma, no quisiera alejarme de tu lado, mira que nunca te he fallado. Pero he decidido ir a la Marina y te ruego me des tu consentimiento; tú sabes que desde pequeño el mar fue la fuente de mi inspiración, y ahora de grande la llama votiva que inflama mi corazón para la acción inmediata, para que cuando la vida me desafíe, aceptar con altivez y honor el reto.

Luego de pensar y divagar largos días, armándome de valor le dije : Ivancito querido, acepto tu decisión, porque ahora que el mundo ha perdido la memoria de la sencillez y la pureza, de las palabras claras y sentimientos puros. Ahora que la vida, contemporánea por lo general está viciada por un materialismo que se basa en la explotación del hombre por el hombre; en esta época en que se quiere olvidar las formas sublimes del arte, la espiritualidad en el mundo insasiable de la música romántica, la pintura, la literatura, la escultura, etc., me complace que tú siendo tan jovencito te hayas inclinado por la Armada del Ecuador, que ha escrito brillantes páginas navales de los tiempos de gloria y que prepara a la juventud con ahinco para surcar los mares del mundo, llevando en alto la bandera, el buen nombre y el prestigio de la Patria.

Querida Madre : Apenas tengo un poco de tiempo, te escribo porque sé que estarás triste con mi ausencia, pero consuélate porque tu hijo aunque nostálgico sin tu presencia, se encuentra a tono, contento, navegando en un gran navío de optimismo, el que tiene puesta la proa hacia una era más justa, más equitativa.

La primera acción desarrollada por el hombre del mar, en-

vuelve la idea de tomar el rumbo al más allá hacia un ideal.

Mami todos los días rezamos la PLEGARIA DEL MARINO.

¡Señor, mi Dios!...

Si la paz del mar me acompaña, dame resignación para soportar la soledad y el silencio.

Si el viento azota, arrecia la lluvia o amenaza tormenta, haz que sienta el poder de tu protección.

Si puede más la naturaleza y mi cuerpo divaga entre las olas, pon en mi agonía una luz de esperanza y muestra a mis ojos una ave hermosa que lleve en su gemido el anuncio de la costa.

Si el triunfo ensalza mi orgullo, aplaca mis instintos y en la gloria conserva mi modestia.

Si mi esfuerzo requiere recompensa, haz que la Patria me conceda la gracia de morir por ella.

Si por tormenta brama el mar herido, propina lucidez a mi agonía. Y pon en mis labios la proclama que declare la victoria de mi vida. Después de Esto Señor... ¡Dame la muerte!

Así pasan los días, el tiempo sigue su marcha sin detenerse, a veces le dan permiso para venir a verme los Domingos, otras veces soy yo la que me traslado a Salinas a visitarlo.

Aprueba el Primer Año, pasa al Segundo con el título de Antiguo, luego al Tercero con el título de Gama, al Cuarto con el de Brigadier para finalmente graduarse de Teniente de Corbeta, acto que simboliza que la tradición trasciende del Alma Marinera de antaño al bizarro corazón que forja sus ideales y esperanzas en el MAR.

Un día llega de Salinas muy contento, me abraza efusivamente y me dice : Madre, como premio a mi brillante carrera estudiantil en la Escuela Superior Naval de Salinas, la República de Francia por medio de su Embajada, me ha favorecido con un viaje alrededor del mundo por el lapso de 10 meses en el famoso Crucero "Juana de Arco". Lo abracé y colmándole de be-

sos le dije : Te felicito, te lo merecías. Pero ten presente que cuando te alejes de tu Patria, debes de mantener siempre latente el recuerdo bonito del tiempo pasado en la Escuela Mater y a bordo de las unidades de la Armada. Ivancito me respondió : Madre no lo olvidaré nunca, porque sólo así jamás podrá naufragar nuestra nave espiritual. A través de una vida en común y sujeta a marcos rígidos de disciplina, he dejado atrás, más allá del horizonte, todo lo que pueda ser bruma para el navegar seguro y apacible rumbo a mi ideal. Jamás olvidaré los años vividos en la Escuela Mater y a bordo de las unidades de nuestra querida Armada, ni las gloriosas tradiciones de los héroes navales que nos legaron con amor a la Patria.

Madre no sabes cuan feliz estoy, porque por fin mis sueños de niño se van a realizar; estoy ávido porque llegue pronto el día de hacerme a la mar, ya que ese día empezará una nueva vida para mí. Hay un cúmulo de sensaciones en mi alma, no podría expresarte lo que en realidad siento, brotan de mis ojos lágrimas, siento ansias, penas, tal vez felicidad.

No te apenes mami. Cuando yo me alejé de mi querido puerto donde nací, Guayaquil, partiré contento, sin temor ninguno a navegar, pero sí siempre pediré a la Virgen, soñar contigo madre mía, para aunque sea en sueños depositar un ósculo de amor en tus cabellos. Conmigo estará siempre tu recuerdo, tu presencia. Yo sé del inmenso cariño que me tienes, pero en igual forma estás correspondida, y por eso quiero que aplaques el torrente de lágrimas antes de hacerme a la mar.

Ivancito estaba pasando unos días conmigo, y un día llegando de prisa de la calle, me abraza, me besa muy cariñosamente y luego me dice : Madre mañana zarparé ¿Sabes? Por fin el sueño que tu hijo tuvo como pesadilla inocentemente en tu regazo, mañana se hará realidad. Yo sé y comprendo lo mucho que me quieres y por eso estarás triste mañana que yo parta, y tus lágrimas brotarán cuando me digas adiós. Pero acuérdate madre mía, que tu hijo ya es un hombre y que en pos de un porvenir se lanza al mar. No te preocupes, no tengas miedo, Dios ha de que-

rer que pronto regrese a tu lado. No quiero que estés apesumbrada, triste, nostálgica, yo quiero verte mañana con tu rostro sonriendo de alegría, y muy contenta me des tu santa bendición, porque no nos separareros nunca, pues conmigo estarás siempre siente que le dices —no quiero que te vayas— ¿Cuándo volverás? Madre pórtate valiente como siempre, ya pasó lo primero, lo peor, tú me has ayudado, cierra tus ojitos y no pienses que me alejo, porque no nos separaremos nunca, pues conmigo estarás siempre a donde yo vaya. Conmigo estará el perfume de tu sonrisa. Conmigo estará tu pensamiento, el néctar de tus sentimientos nobles. Contigo se quedará mi alma y yo me llevaré la urna de oro de tu corazón en donde depositaste todo tu amor.

Así fue; al dia siguiente fui a despedirlo; abrazándome hasta el último momento de su partida me decía Madre que arda mi vida en tu amor perpetuo, nuestras almas en un sólo pensamiento y nuestros corazones en un solo latido. Se agitaron los pañuelos y la nave partió silenciosamente en una tarde negra para mi alma desolada, aumentando en mí la tristeza hasta las lágrimas. A medida que el barco se alejaba temblaba mi corazón suave y doliente, como el pecho de una golondrina prisionera, en la nostalgia de la tarde que moría. Y más allá de las riberas del Guayas, se extendía la infinita quietud, el paisaje ignoto, el pavor de lo desconocido, que agobiaba mi alma en el silencio mortal de mi corazón.

Dentro de mí repetía :

¡Oh mar...!
Acoge en tu seno
la súplica de quienes
vamos a emprender
una larga travesía...

Desde Franfort recibí una misiva suya que entre otras cosas decía :

Madre mía : Cuando ésta llegue a tus manos piensa que vives en un lugar predilecto de mi alma, y aunque no te oyera, en

todas partes oiría tu agradable voz, porque te tengo presente. Conjuntamente contigo contemplo la quietud del mar, tan soñado por mí, y escucho su melodía que es el mensaje que llega al corazón y penetra en el alma. Si de noche te sueño desde mi alcoba solitaria, queriendo encontrar tus variados matices de bondades.

Con el frescor del viento y de las brisas marinas que tanto amo, desde estas lejanías con el corazón distingo a Guayaquil de mis amores, Guayaquil de mis pesares. Puerto de mástiles, gaviotas y estibadores, donde nací y a donde se encuentra mi adorada madrecita.

Me despido madre mía esperando ansioso tu contestación y enviándote un ósculo de amor que te envía mi corazón como una ofrenda.

Yo le contesté : Querido hijo : No sabes la gran alegria que experimenté al recibir tu misiva, y más aún al saber que tus ideales se han cumplido. Los grandes dones ponen alas en el espíritu y en el corazón y por eso tienen que volar y volar muy alto como las aves marinas, remontarte hasta arriba, elevándote a esa región de triunfo en que tu buen nombre prevalesca y perdure sobre la vanidad, la sombra y la obscuridad.

Encúmbrate hacia la bóveda azul del firmamento, expresión simbólica de lo eterno, aúnate a la soledad donde estás, que es una gran educadora, que nos hace entrar dentro de nosotros mismos. La soledad permite dejar lo que nosotros sabemos, dejar nuestros defectos, comprender la intimidad espiritual que tenemos dentro de nosotros mismos. No olvides nunca los consejos de tu madre. La juventud tiene en sus mentes energías y las palancas poderosas con las que pueden mover el universo.

Así pasó algún tiempo cuando era el año de 1941 que corría ensangrentado. Europa se debatía en cruenta guerra que destruía a grandes y chicos. América, mientras, tanto, se mantenía a la espectativa puesta la mirada allá lejos donde las ambiciones excesivamente necaionalistas amenazaban primero arrasar con todo, para luego conquistar el mundo entero. Hallándose el mundo convul-

sionado por la Segunda Guerra Muidial. Pero esa guerra que los americanos sabíamos lejana, llegó a nuestra América, más aún hacia el territorio ecuatoriano por obra y gracia de uno de sus vecinos Perú.

En estas circunstancias mi hijo Iván interrumpió su viaje en el Crucero Francés, ya que fue llamado por orden superior a reintegrarse a la ARMADA DEL ECUADOR.

Lo que la historia registra como invasión de 1941 estaba en su apogeo. Comenzó sorpresivamente : Fuerzas peruanas pugnaban por llegar a Guayaquil en plan de conquista. Pero vino a sorprender a grandes estrategas navales, para luego llenar de admiración a los pueblos del mundo, el singular COMBATE DE JAMBELI.

Resguardando nuestras costas se encontraba el pequeño Cañonero "CALDERON" que con sus viejos motores, se deslizaba en la gran superficie azulada del mar, bajo el comando del Teniente de Fragata Rafael Morán Valverde.

Buque a babor rompió el silencio el grito del vigía, para continuar casi de inmediato el Cañonero "CALDERON" a velocidad de saeta y con intenciones de combate. El lema "VENCER O MORIR" comienza a pulsar en el pecho de los tripulantes del "Calerdón". El Teniente de Fragata Morán Valverde dio orden de izar la bandera de combate y todos los tripulantes del Cañonero ocuparon sus respectivos puestos en el pequeño buque. El encuentro iba a ser desigual. ¿Qué podía esperarse del choque de un moderno y enorme Crucero terriblemente artillado, con un pequeño cañonero. armado tan solo con 2 insignificantes piezas de artillería? ¡Iba a revivirse el episodio de DAVID y el gigante GOLIAT!

"El Almirante Villar" abrió los fuegos, buscaba, no cabía duda, la rendición del pequeño cañonero ecuatoriano. ¡Vana pretención! El "CALDERON" respondió al fuego enemigo. Uno de sus 2 pequeños cañones —el de proa— se inutilizó al comienzo del

combate, disparando entonces con el único cañón que le quedaba. Pero fueron certeros los artilleros ecuatorianos, 4 proyectiles impactaron al crucero peruano. Y uno le dio en la Santabárbara con los estragos consiguientes : "El Almirante Villar" emprendió la retirada llevando sus deprimentes desgaraduras.

La nación ecuatoriana se había enterado ya de la VICTORIA DEL JAMBELI.

Yo, ávida de noticias leía íntegramente los periódicos y oía todas las noticias que las radios pasaban. El día 25 de Julio de 1941 por la tarde, estaba escuchando por la radio los pormenores del COMBATE DE JAMBELI, cuando ¡qué sorpresa tan agradable experimenté al oir lo siguiente! : Nuestra tradición Naval y la Armada del Ecuador se ha enriquecido con el coraje, el denuedo y la valentía de los marinos ecuatorianos que veían ultrajada a su Patria, la tripulación del "CALDERON", ha escrito sus nombres en los registros de la inmortalidad. Por lo tanto el Gobierno del Ecuador declara HEROES NACIONALES a los valerosos marinos que conformaron la tripulación del "CALDERON" y cuyos nombres damos a continuación : Teniente de Fragata Rafael Morán Valverde, Alférez de Corbeta Iván Martinuzzi Andrade..., etc., etc. Lo que escuchaba casi no creía, sintonicé nuevamente otra radio para escuchar con más atención la nómina de la Tripulación del "CALDERON", y efectivamente mi hijo Iván constaba entre los valerosos combatientes. No había duda, estaba completamente cerciorada. Mi hijo se había convertido en HEROE NACIONAL y yo en madre de un Héroe de Guerra. Qué orgullo, qué honor tan alto; vertía lágrimas de emoción, de alegría, de sorpresa; no sé, era una conjunción de sentimientos que son indecibles.

Después de recalar en Puerto Bolívar el Cañonero "CALDERON" salió nuevamente para Guayaquil. La ciudad emocionada por el combate y su victoria, esperaba ansiosa. Se había congregado la muchedumbre aglomerándose en el Malecón para recibir con inmenso regocijo al Cañonero "CALDERON" y su tripulación, que ya habían sido nombrados HEROES NACIONALES.

Corrí desesperadamente hacia el Malecón y filtrándome en-

tre la muchedumbre presencié con mis propios ojos la entrada triunfante del "CALDERON" luciendo sus honrosas remelladuras causadas por el fuego de las ametralladoras enemigas, que en cuanto a cañonazos ninguno de los disparados por el "Almirante Villar" le hizo blanco.

Desembarcó la tripulación con su Capitán Rafael Morán Valverde. Recibieron los honores de héroes y entraron a Guayaquil entre aplausos y vítores, con la mayor modestia, con silenciosa pureza de los héroes autéticos y los valores genuinos que traen consigo la satisfacción del deber cumplido.

En esos momentos inolvidables e indecibles hubiera deseado tener mil brazos para entrelazar entre ellos a mi hijo conjuntamente con sus compañeros que pasaban a la inmortalidad, recibiendo el respetuoso tributo de sus compatriotas por la valentía con que tripularon la heróica Nave.

Por eso el 25 de Julio de 1941 es una fecha inolvidable en la que un puñado de valientes marinos ecuatorianos hizo pagar la alevosía del Caín de América en el Combate Naval de Jambelí y en recuerdo de esa hermosa hazaña y como homenaje a los bravos combatientes ecuatorianos, este día ha sido destinado a nuestra MARINA, colmada de gallardas tradiciones que constituyen el mejor ejemplo y la más concluyente hazaña para todos cuantos se alistan en la ARMADA DEL ECUADOR, que cuida como guardián insomne la soberanía nacional.

Actualmente tenemos el hermoso parque de la ARMADA NACIONAL, en cuyo centro se levanta como reliquia histórica e inapreciable el pequeño Cañonero "CALDERON" que el 25 de Julio de 1941 escribiera en las aguas del Canal de Jambelí, una áurea página, que se agiganta y se vuelve más sublime a medida que el tiempo pasa.

Los días siguen su marcha vertiginosa, ahora que estoy viejecita con mi cabeza completamente blanca, siempre recuerdo el cúmulo de emociones que experimenté mientras mi hijo hacía su

vida en la Marina. Es necesarío haber sentido, es necesario haberlo vivido para saber lo inmenso y hermoso que la MARINA abriga en su seno y las sorpresas que el destino nos depara.

Considerando cuán importante es hacer cada día más impenetrable el baluarte de la Libertad de América y teniendo un gran plantel de enseñanza como lo es la ARMADA DEL ECUADOR, creo que es un deber sugerir, apoyar a nuestra juventud valerosa para que ingrese a la Marina con el fin de incrementarla en su carrera brillante que asegura la defensa de las costas del Estado del Ecuador, contra las tentativas de nuestros enemigos.

Mis respetos para la ARMADA DEL ECUADOR que albergó a mi hijo en su seno y lo empujó a dar el gigantesco paso para constituirse en Héroe Nacional. Y a mí me dio la inmensa satisfacción de seguir día a día sus pasos observando cuando al deshojar el tiempo al guarismo del 25 de Julio de 1941, un huracán turbó la tranquilidad calmada de los celestes imperios del mar, para ser escenario de la grandeza heróica del patriotismo de los jóvenes marineros y recoger en matinales brazos el espíritu de libertad, al concluir el Combate de Jambelí su gran hazaña, de lograr vencer y poner en fuga al enemigo.

Así es la vida, nadie sabe lo del mañana incierto, jamás me imaginé que un 25 de Julio de 1941 había señalado en su calendario de epopeyas, para orlar con su corona de laureles el espíritu marinero de mi hijo, porque él buscando un marco digno de grandeza, lo encontró en JAMBELI, buscando un escenario justiciero de inmortalidad; lo encontró en JAMBELI, buscando un sitio para perennizar las sublimes realizaciones; lo encontró en JAMBELI, en donde quedó petrificado en el crepitar del viento y de cada brisa, en pentagrama heróico la canción PATRIA, en comunión con la eterna sinfonía del MAR.

Después de algún tiempo mi hijo Iván se retiró a la vida privada. Y fuera de su adorada MARINA solía repetir la siguiente poesía :

¡Adiós oh mar inmenso, mar profundo,
hoy vengo con el alma entristecida,
porque lejos de ti voy por el mundo
a cumplir los destinos de mi vida.
Siempre que te contemplo, mar hermoso,
mi conmovido espíritu enajenas,
ora la playa escarbas impetuoso,
ora besas humilde sus arenas.
Vi surgir el sol resplandeciente,
y vi sepultarse en el ocaso;
naciente de tu seno, refulgente,
muriendo, sin calor, en tu regazo.
Verte al morir fue el sueño de mi vida,
y desde mi niñez mi ardiente anhelo;
la aspiración de mi alma está cumplida,
y hoy más... los ojos fijan en el cielo!

Luego de poco rindió tributo a la muerte.

Su sepelio se efectuó con los honores de héroe nacional. Fue algo solemne. Un Brigadier hizo tocar ¡SILENCIO! Los cadetes uniformados formaron calle de honor. Después de entonar su portalón y arriar a media asta su insignia, se congregan acongojados junto a los restos mortales.

Pronunció la siguiente oración fúnebre un Comandante : "Aquí yacen los restos mortales del Alférez de Corbeta Iván Martinuzzi Andrade, HEROE NACIONAL, que va navegando su postrera singladura con Viento a un Largo y siempre a rumbo, porque así se recala a la Eternidad.

Ya se habrá encontrado con los compañeros que lo precedieron en el viaje hacia lo infinito Sus conocidas cualidades y virtudes son garantía de que ellas mantendrán constante vigilancia sobre este Barco del Recuerdo perteneciente a la ARMADA DEL ECUADOR, en el cual navegará abrazando la profunda hermandad, esa mística creada en la recia convivencia que une siempre

a los hombres que forjaron sus almas en nuestra ESCUELA MATER y en el MAR

Por ello, porque cumplió siempre con nuestros ideales, sintiéndose como Tripulante de la ARMADA DEL ECUADOR, custodia de la tradición naval heróica de Ecuador, recibe el reconocimiento sincero y el postrer homenaje de sus compañeros marineros, que junto con izar la señal de despedida, ruegan emocionados al Todopoderoso que dé paz a su descanso eterno".

Se depositó el cadáver en la bóveda y luego colocaron el siguiente epitafio :

"ALFEREZ DE CORBETA IVAN MARTINUZZI ANDRADE "HEROE INMORTAL". Desde el firmamento de tu gloria, derrama tu luz inextinguible sobre los senderos de la Patria, para que sea grande y feliz en la paz, y si un día el huracán de la guerra azota su suelo, condúcenos con los destellos de tu espada indómita, hacia donde se triunfa o se muere".

Acto seguido, el corneta ordenó, tocar ¡Paso!

De esta manera te he contado querido nietecito cómo se extinguió la vida de mi adorado hijo Ivancito, pero él vive en mí. Con su recuerdo miro la luz naciente, la luz que declina, que se adelgaza, que transporta anhelos inefables, que se nos va, que gotea despacito, como la fuente donde el agua mana apenas sobre las rosas de la ausencia. Con su recuerdo contemplo las sombras alargadas que las ramas proyectan sobre el suelo, y que la brisa mece, estira, recoge, desmaya en indolencias grises, arabescos extraños de un idioma que no existe. Con su recuerdo oigo la palabra dulce que siente. que entiende, que no se olvida. Su recuerdo me acompaña en mi soledad desesperante. El recuerdo y el ensueño visten tules que suavisan los rudos contornos de la realidad.

UN VIAJE A LA ISLA DE LA PLATA

Por Amador Vera Vera

MANTA, la de la cálida arena blanca en sus playas, anchas y embrujantes, bañadas de luz, por rayos bermejos de sol naciente. La inicial de mis aventuras sobre mar abierto. Soberana magnánima y majestuosa. La que sirve de escenario en mi drama emocionado de mar y es el impulso para mi despeque, hacia la experiencia forjada sobre la Santa Eugenia, con rumbo hacia la encantadora isla de La Plata.

Ese día de mi viaje, Manta estuvo festiva e impresionante, como para grabar recuerdos inolvidables.

La mañana es clara en el puerto, y un paisaje extraordinario pintado en vivos colores, pone majestuosa la salida del sol en levante, mientras se proyecta el embrujo de sus tonalidades brillantes, en la celebrada pantalla de ese día extraordinariamente palpitante.

Cuando la Santa Eugenia despegó, el puerto, con su carga de muelles y rompe olas, estaba ya bien despierto, mojando sus pies, con diferentes actividades, a orillas misma del mar.

Se me antoja que el mar es un amigo con los brazos extendidos florecido de amistades. Un amigo que recibe alborozado, con el saludo cálido y salobre de sus olas. El mar es alegre, chacharachero y bromista. Es un día despejado y único, sobre un mar que danza, la danza leve en las olas inquietas, rompiéndose atolondradas, sobre los viejos arrecifes, como esquivando los excesos de sus poderes soberanos.

Entonces, evoqué los recuerdos de estudiante. Volví a recorrer los fogosos caminos alegres, que recorrí, recuerdo, como estu-

diante envelesado en sus misterios, sobre el lomo descontrolado de mar brava, que supe gozar pleno de esplendor y lozanía, sobre ondas risadas, olorosas a yodo y sal, que me hablaron de cosas bellas integrando el viejo archivo del Universo.

El verde— opalino, evocador de sus aguas, me recordaron el verde cris de mis bolichas, cuando niño, escolar inquieto, de fronda y de sol, de mañanas alegres y tardes sofocantes, en clima tropical.

Recuerdo, que aquella mañana de viaje, el mar estaba jubiloso, sus olas jugaban como niñas de escuela uniformadas: "sin que te rose", saltando sobre la superficie inquieta de sus ondas de cristal errabundas.

A la vista, el mar se perfilaba, con un ambiente sensible del paisaje, nunca citado en poema alguno, ni reprisado en la dúctil pantalla panorámica del mar. Era un paisaje inédito.

La Santa Eugenia, viajaba nerviosa, como novia a la que le tocaran la marcha nupcial, posesa de amor y caricias, de su viejo galán el mar, iba engalanada de la rosa de los vientos y cortejada por la cinta del arco iris enamorado.

En los líquidos dominios de Neptuno y de Valquirias, la Santa Eugenia se estremecía impúdica al contacto de leve caricia imprecisa que recibía amorosa de su mancebo enamorado, el mar, quien la llevaba en sus brazos vigorosos, resvalando seductora, sobre el terciopelo suave, que le ofrecía el tálamo nupcial de las olas movidas, que le hamaqueaban afanosamente.

El mar se había engalanado también, de los mismos atributos del Cosmos, portando sobre su pecho a la Rosa de los Vientos, que llevaría el compás de la 'Santa Eugenia", única rosa en el jardín azul de los blancos crisantemos de espumas, que lucía ceñida como encaje blanco, sobre la playa de la mar enfurecida.

Colgando desde el cielo, de donde pendía como acróbata de circo, o como condecoración al civismo, se destacaba la polícroma

cinta del Arco Iris de la Paz y de la Alianza, de ese día que la luz, fallecía en la tarde, con tintes de arreboles festonados.

Viajábamos con media mar gruesa. Balsa Verde, pequeño poblado de pescadores, se asomaba recostado parezosamente, en una sesura del alto acantilado rocoso, que descolgaba como una cortina del farallón sobre la playa gris y árida, que estibando a estribor, nos ofrecía un paisaje de naturaleza muerta y que se filmaba de aventuras a sotavento.

Desde los arrecifes "La Tiñosa", La Pancha Loca", alias, con que se la conoce a nuestra liviana "tartana", en que viajábamos, la Santa Eugenia, se trastornó en el mar, por algo debían de llamarle "La Pancha Loca". Hacia babor y hacia estribor, se violentó de pronto, sacudida fuertemente al impulso de olas descontroladas que golpeaban a los costados con vigor plutónico. Me dio la impresión pesimista, que podríamos zozobrar y ser víctimas de las fieras marinas voraces, que al rededor nuestro, iban y venían amenazantes.

Llevándonos a empellones, arreciaba el viento de las cuatro de la tarde, subido audazmente sobre la vela mayor, gritando como un loco furioso, también hacía audaces piruetas de clown. En tanto el motor trepidaba jadeante, queriendo alcanzar pronto la cinta del horizonte para trasponerla y llegar pronto a La Plata.

El ambiente en ese instante del día, era brumoso y frío, y la proa que avanzaba cortando violento las olas saltarinas, refrescaban el rostro curtido de los tripulantes, con las brisas frescas de las salpicaduras que la corriente de Humboldt nos ponía en pleno rostro.

Ibamos rumbo a la misteriosa isla de La Plata. Y volví a sentirme niño. A querer y desear las cosas bellas. Alcanzar lo imposible, lo desconocido, lo misterioso, lo difícil de las aventuras. A sentirme héroe de mis propios arrebatos. De mis propias locuras... y me puse a pensar exclamando: ¡Qué bonito es gozar con el último diálogo de las olas amigas. Su ambiente fresco, su sonrisa suave, su presencia amable, su poesía...!

En el mar todo es nuevo y hermoso. Todo es ágil y elástico. Todo es dúctil y misterioso... para amar y sentir la vida en plenitud de conciencia, que nunca termina, ni envejece...

El piloto, libro vivo y abierto de aventuras de mar. De piel mordida por el viento y besada por el sol de los trópicos, llevaba enredado en el compás, el lazo dilatado de sus miradas, de viejo lobo marino. De pié sobre el timón, inmóvil, silencioso, escrutador, va leyendo en la bitácora, y de pronto su voz saltó el tablero del espacio, rozando el oído: "Latitud sur, 6 grados, 12', 10". Longitud Oeste: 3 grados, 8', 2"! Meridiano de Greenwich.

Ibamos a entrar de pronto a la rada interior de la pequeña bahía que se abre amigable y confortante en las costas orientales de la isla.

Sobre lo mas alto de su acantilado se divisaba a sotavento, el faro arrimado a la pared de la noche que se iniciaba sombría y misteriosa. Al entrar el faro le hizo un guiño al barco que pasó multiplicando sus saludos con copias de equilibrio de beodo.

Entonces La Santa Eugenia descalzó sus botines de viaje y se plantó en seco a descansar cómodamente dentro de la rada, gallarda y majestuosamente.

En el fondo de la costa, desde donde se percibía insistentemente fragancias a yodo y a sal, el pequeño puerto, con su carga de chalupas y de interrogantes, estaba dormido a orillas ramorosas del mar.

Habíamos llegado al fin de nuestro viaje. Era lo noche y había que descanzar. El señor Manuel Córdova, nuestro gentil anfitrión, nos invitó a saltar a tierra y nos puso a la orden su rústica morada de pescador de la isla, que aceptamos gustosos. Después de una frugal comida, nos dispusimos a descanzar sobre lechos que improvisamos gracias a las generosas atenciones de la familia Córdova.

Durante la noche, una hermosa luna llena, hizo la delicia en

nuestro espíritu, que nos llenó de emociones plenas. Paisajes nocturnos, bajo la luz de la luna, que eran ponderadamente hermosos, verdadera obra de arte que se encontraban en silueta de plata dorada, y que tenían el brillo nunca visto antes, semejante a un verdadero paraíso perdido, de que hablan las leyendas.

Durante un ligero sueño reparador de energías diluidas, soñamos con cosas bellas y extrañas, fantásticas, que nos proporcionaba la misma isla en su ambiente extraño y desconocido.

Llegó el día con un sol radiante que se elevaba altivo por los farallones acantilados de la isla, y que nos traía, el mensaje generoso de sus cualidades turísticas, que incitaban a enunciar: Conozcamos algo de su historia.

Cuentan viejos navegantes, de las viejas edades, que esta isla, fue conocida desde tiempos remotos. Desde la más antigua época del Incario.

Esta célebre isla de La Plata, conocida ya, en ciertos viejos mapas, desde épocas muy remotas, fue ya conocida entonces, con el nombre de Isla de Las Perlas, por abundar en sus mares, ricos bancos de madreperlas.

Se encuentra situada a 15 millas de la costa manabita, casi frente al pequeño Puerto de Cayo. Sinembargo la isla pertenece a la jurisdicción cantonal del viejo Cantón Montecristi.

En los actuales momentos, es propiedad de un Club Social de Pesca y Caza, cuyos socios viven en la Ciudad de Guayaquil, que la adquirió por compra, hace algunos años, en la suma de trescientos cincuenta mil sucres de poder del antiguo dueño, el indígena don Isauro Pilai, con el primordial objeto, de convertirla en un centro para la pesca, que sea la atracción del turismo internacional, tan bueno o mejor, que el de "Cabo Blanco" en la Costa del Perú, ya que, en las proximidades de la isla abundan el picudo negro, el listado, el plateado, el pazuelo, la cherna, el bonito, el guayape y muchas otras especies, que hacen de La Plata, uno de los lugares de pesca privilegiados del mundo.

La isla tiene cinco y medio kilómetros de largo por dos de ancho, con una superficie total de unos catorce kilómetros cuadrados. La mayor altura no excede de los cien metros del nivel del mar.

Muy aparte de los dones que le ha concedido la naturaleza, aseguran que la isla, guarda el secreto milenario, de tesoros fabulosos, de cantidades tan grandes de oro y plata, que de encontrarse, tornarían en millonarios a sus descubridores, tal como ocurrió hace unos cien años la primera vez y unos setenta, la segunda.

Cuentan los cronistas primitivos de Indias, tales como Cieza de León, Bartolomé Ruiz, Montesinos y el propio Herrera, en sus "Décadas", que los aborígenes de Manabí, especialmente los de Manta, cuando llegaba el solsticio de verano, o sea el 21 al 22 de Septiembre, tiempo en que el sol se halla más lejos del Ecuador, se reunían en la isla de La Plata para celebrar una fiesta religiosa que duraba muchos días, adorando a un ídolo tallado en piedra, cuya cabeza humana terminaba en aguda punta. Le ofrecían como homenaje, objetos de oro y plata, piedras preciosas, perlas, vestidos de lana ricamente bordados, y muchos otros objetos de gran valor. Todo lo cual se conservaba en los templos levantados para el caso en la propia isla.

Insinúan los cronistas de Indias que en dichos adoratorios sacrificaban llamas llevadas del Continente, y a veces, también niños.

El padre Velasco cree que el templo de la isla de La Plata, estaba dedicado al sol, pero el cronista Montesinos es terminante sobre el particular, y así deja escrita sus notas: "En una isla cercana a esta provincia de Puerto Viejo edificó un Gobernador peruano (puesto por los Incas) un santuario o templo reconociendo al Mar del Sur (Océano Pacífico) por una Gran Deidad".

La contradicción entre Velasco y Montesinos, es mas aparente que real. Santuario de los manteños antes de la conquista incaica, continuó siendo la misma, se fundieron los viejos y nuevos

cultos: el Mar, el Sol y los ídolos de cabeza humana. Las ofrendas fueron acumulándose durante cientos de años.

George A. Dorsey, arqueólogo norteamericano, realizó excavaciones en la Isla en 1891. Su trabajo, publicado con el título de ARCHEOLOGICAL INVESTIGACION ON THE ISLAND OF LA PLATA, ECUADOR apareció en 1901 y a poco tiempo Dorsey abandonó la Arqueología por completo, habiendo entregado al FIEL MUSEUM, de Chicago, todos los objetos de barro y piedra que encontró, y unas figuritas de plata.

Antes de Dorsey, un caballero extranjero, largos años residente en Guayaquil, que pescaba con mucha frecuencia en la Isla de La Plata, donó al morir una cuantiosa suma a la Junta de Beneficencia de la Ciudad, de los tesoros encontrados en la Isla. Hoy un asilo lleva su nombre en memoria de tal benefactor.

A la Isla de La Plata arribaron muchas veces, en sus correrías por el Océano Pacífico, buques piratas y corsarios de diversas nacionalidades.

El escritor guayaquileño, Pino Roca, nos informa que, cuando el ataque a Guayaquil, en 1684. dirigido por el Corsario flamenco Eduardo David, se detuvieron algunos días recalados en la Isla de La Plata donde David dividió el botín logrado hasta entonces con el Capitán Eduardo Estón, del cual se separó por ciertas desaveniencias.

El más famoso de los Almirantes Ingleses, Sir Francis Drake, también recaló en La Plata, antes de derrotar a la "Armada Invencible".

Pino Roca asegura que aquello sucedió el año de 1578, y que el objetivo del arribo a la Isla obedeció al deseo de repartir allí con toda tranquilidad, el cuantioso botín que había reunido frente a las costas de Chile y Perú, saqueando navíos españoles.

Fue tan grande la cantidad de plata que los tripulantes de Drake recibieron, que la Isla cambió el nombre de "Las Perlas",

con el cual se la conocía, por el de la "Isla de la Plata".

Es posible, se asegura, que algunos de los marinos de la Escuadra de Drake, por razones que se ignoran, prefirieron dejar enterrado en la Isla, la parte de botín que le correspondía, con la idea de regresar más tarde por ella, dejándola a salvo de peligros y contingencias inminentes.

Se dice también, que otros jefes piratas perseguidos por las Escuadras Españolas recalaron en la Isla, y enterraron sus tesoros y fugaron rumbo al Oeste, no regresando jamás.

Los más viejos habitantes de La Plata, allá por los años de 1890, solían contar, que una vez encontraron, sobre el Cerro, luego de una tremenda tempestad, restos de arcabuces y de sables, de puñales que se deshacían al tocarlos, a más de unas pocas onzas de oro, de las demominadas "Peluconas".

A pedido del Dr. Antonio Santiana y de la señora M. A. Carduce de Santiana, arqueóloga, que visitaron la Isla para realizar estudios en 1965, con el fin de reunir datos para la obra sobre la arqueología del Ecuador, solicitó al profesor Luis Ovidio Silva, la realización del censo de población de la Isla. Según este censo los habitantes pertenecientes a 15 hogares suman 82. Todos viven de la pesca y comercian con el cercano puerto de Manta, Machalilla y Puerto López, en cuyas fábricas entregan los productos.

En la isla hay un hotel de construcción moderna, con todos los implementos para atender y servir a los turistas.

El hoy finado señor Víctor Emilio Estrada, tuvo en mente el propósito de convertir la isla de La Plata en un lugar privilegiado para el turismo internacional, dada su cercanía a Manta, 43 kilómetros y a la costa 15 km., además de su legendario clima y sus tesoros, que constituyen un lugar fantástico, como para los cuentos de Las Mil y Una Noches. Su abundante pesca, tanto de especies grandes como chicas, su belleza, sus radas aptas para la natación, la mansedumbre y calor de sus aguas, la convierten en un Paraíso (su clima no excede los 26 grados, ni baja de 15).

En la parte alta de la isla existen planicies con abundantes venados, cabras salvajes y una inmensa variedad de pájaros marinos, tales como el albatros, el cormorán, el pelícano, la gaviota y el famoso piquero blanco, que es propio de la isla.

La temporada de pesca dura todo el año, especialmente para el pez espada y el pez vela. El picudo negro abunda especialmente en los meses de mayo a octubre. El picudo rayado especialmente en los meses de octubre y abril.

En la actualidad, de Manta se puede trasladar a la isla en embarcaciones que hacen este recorrido con la particularidad de que, quizá caso único, no le cobran el pasaje. Los barcos de propiedad de la firma Córdova, Barcia, Mero, Anchundia, hacen con regularidad estos viajes. El hotel es cómodo y con el jeep se puede recorrer toda la isla para gozar de su belleza, cuajada de emociones, contemplando desde la altura la inmensidad pasmosa del mar, las olas que se estrellan contra las rocas de granito, en una lucha permanente.

(Para solicitar la lancha de pesca es necesario hacerlo con 30 días de anticipación en la Gerencia que opera en Guayaquil).

Cómo siento, inmensamente emocionado, mi pasión por el mar. Lo quiero con fuerza arrebatadora. Siento que se desborda mi corazón, henchido de entusiasmo. Al pensar en él me vuelvo niño, me vuelvo joven, me siento ágil y nuevo. Cómo me encanta y me embelesa todo lo que habla y dice de bravas aventuras sobre el mar.

Mas ahora comprendo que mi suerte no estuvo pronta, para compartir conmigo, el que yo me hubiera convertido en un robusto y bravo marinero, recorriendo los mares del mundo y manteniendo en cada puerto una ilusión. Y después de cumplida mi misión, pudiera alcanzar como premio, el lecho del mar entre algas y caracolas, entre rojos corales y madreperlas sensitivas, arrullado por el eco sonoro de las olas, al romperse estrepitosamente sobre los farallones de la orilla.

